

**JOAN D'ARC  
SEXTA PARTE**

**SIEMPRE  
QUEDA LA  
ESPERANZA**

**"Siempre en movimiento está el futuro..."**

Yoda, Maestro Jedi

## Capítulo I

Momentáneamente libres de persecución, Avalancha y Coloso seguían aproximándose a la Nebulon B que era su blanco inicial, aunque la comandante del escuadrón Blanco empezaba a preguntarse si merecía la pena proseguir con el ataque. Sabía que era muy poco probable que consiguieran causarle daños de consideración a una nave de esas características con la carga de torpedos de un solo ala-B. Tras vaciar sus lanzadores sobre la corbeta, lo único que podría hacer Coloso sería tratar de cubrirle las espaldas mientras ella atacaba, y desde luego no iba a tenerlo fácil. La pantalla sensora frontal estaba llena de puntos rojos. A causa del tiempo que habían perdido intentando sortear al trío de corbetas, la fragata enemiga había conseguido lanzar sus cazas con la antelación suficiente. Todo un escuadrón de TIEs les interceptaría mucho antes de que ella tuviera a tiro a su nave nodriza. De Víbora no podía esperar ayuda. No había señal alguna de su Interceptor. Por todo lo que sabía, podría haber sido derribado ya, o incluso haberse visto atrapado en la explosión de la corbeta.

Avalancha se mordió el labio inferior. Tenía que decidirse ya, antes de que los cazas TIE se le echaran encima. Avalancha no pudo evitar acordarse del enfrentamiento con los cazas de asalto dos días antes. Al igual que entonces, se dirigían justo de frente a la formación enemiga, y cualquier cosa podría pasar. Los TIEs eran mucho más frágiles que los cazas de asalto y eso trabajaba a favor de sus posibilidades de pasar a través de ellos y alcanzar el objetivo, pero por otro lado sus alas-B apenas habían tenido tiempo de recargar los escudos y serían vulnerables ante los cañones láser de los TIEs. Cuando escuchó la voz de Joan en su mente, le pareció que ya daba igual lo que hiciera.

*Os han descubierto. Tanto los transportes como vuestra nave nodriza están amenazados.*

Una mirada a la fragata imperial confirmó las palabras de Joan. Sin esperar a que sus cazas suprimieran la amenaza que podrían suponer los dos alas-B rebeldes, la nave se había puesto en marcha. Quemando prácticamente sus motores al máximo de su potencia, su rumbo estaba perfectamente claro. Iba directa hacia la posición que ocupaba la *Vigilante*. Seguramente otras naves se disponían ya a cerrarle el paso, negándole cualquier posibilidad de escape. Habían estado a punto de conseguirlo. Tan sólo unos minutos más y hubieran podido escapar, pero ahora...

*¡No te rindas, Sherry! el pensamiento sonó como un grito. ¡Siempre hay algo que puedes hacer!*

"Y es tan poco lo que he hecho hasta ahora..." murmuró Avalancha entre dientes. Pero no, no podía rendirse todavía. Joan tenía razón, algo podría hacerse. Y ella aún tenía sus doce torpedos.

"Coloso, nos volvemos hacia la *Vigilante*. A toda velocidad."

"De acuerdo, jefa," dijo Coloso mientras seguía en el giro al ala-B de Avalancha, tomando una ruta que los llevaría a las proximidades de la fragata capturada sin volver a pasar entre las dos corbetas enemigas que habían dejado atrás. "¿Tienes alguna nueva sorpresa en mente?"

Avalancha estaba a punto de contestar cuando algo le hizo mirar hacia arriba. Un solitario caza TIE venía directamente hacia ella, y en ese mismo instante comenzaba a escupir fuego por la boca de sus cañones gemelos. Con un rápido movimiento de la palanca de mando, hizo rotar el ala-B en torno a su eje, volviendo el ala mayor hacia el enemigo y ofreciéndole un mínimo perfil sobre el que hacer blanco. Los primeros disparos pasaron a escasos centímetros de su nave sin llegar a tocarla. Empujando el pedal derecho de golpe, al tiempo que tiraba de la palanca hacia atrás y hacia la derecha, sacó al ala-B intacto fuera de la trayectoria del TIE, evitando su segunda andanada de rayos láser y una posible colisión en la misma maniobra. Al terminar el giro el caza enemigo estaba en el centro de su punto de mira. Mientras una parte de su mente se concentraba en pilotar la nave, la otra se sorprendía al comprender que el piloto imperial se había lanzado contra ella sin importarle si terminaba chocando o no.

*¡El Imperio recluta ahora a sus pilotos en los manicomios!* Avalancha apretó una sola vez el gatillo. El panel solar izquierdo del TIE se rompió limpiamente en el punto de unión con el pílón, al mismo tiempo que el motor iónico de ese lado dejaba de funcionar. La nave se alejó dando vueltas, completamente fuera de control.

"¿De dónde ha salido ese tipo?" A Coloso casi no le había dado tiempo a ver al TIE.

"Pensaré en algo por el camino" le contestó Avalancha. Coloso se quedó perplejo por un momento, preguntándose que había querido decir Avalancha con esa respuesta, hasta que se dio cuenta de que la comandante estaba contestando a su pregunta anterior acerca de cuáles eran sus planes. Daba la sensación de que Avalancha se había quitado al TIE de encima como el que espanta un insecto con la mano, casi sin darse cuenta. A pesar de que conocía a Avalancha hacía muy poco tiempo, Coloso no podía dejar de notar que había algo extraño en ella desde que había despertado del coma. Era como si no estuviese del todo allí. *Y sin embargo vuela como nadie a quien yo haya conocido.* El piloto sacudió la cabeza.

"¿Rammes, puede oírme?" transmitió Avalancha, ajena a la confusión que había generado en su hombre ala.

"Sí, señora. Estaba a punto de pedirle instrucciones. Hay movimiento en la flota imperial. No creo que tarden en venir a por nosotros, pero de momento estamos bien."

"No corra riesgos, sargento. Quiero que estén preparados para saltar en cualquier momento. Si la *Vigilante* es atacada, es preferible retirarse antes de

que sufra daños de importancia. Al menos habremos salvado a la mitad de los colonos."

"No corra riesgos, sargento," repitió Lailha Dengar en voz alta. "¡Y tú estás acercándonos a un destructor estelar! ¿Has omitido decírselo por alguna razón en particular?"

"Ambas cosas no son incompatibles. Si lo vemos muy mal, saltamos y punto. Pero si antes de eso podemos ayudar a que escapen los transportes, habremos salvado a todos los colonos, y no sólo a la mitad."

"La intención es loable, pero puede que estés literalmente jugándotelo todo a doble o nada."

"Te prometo que nos iremos antes de vernos realmente en peligro," dijo Rammes, sabiendo que por el simple hecho de estar donde estaban lo que acababa de decir ya era mentira. También estaba el hecho de que hacer saltar al hiperespacio a una nave del tamaño de la *Vigilante* no era cosa de chasquear los dedos. Podían pasarlo muy mal durante el tiempo que tardaran en alcanzar la velocidad de salto, volando en línea recta y prácticamente a merced del enemigo. La mirada de su compañera dejaba patente que ella era perfectamente consciente de todo eso. "Ahora comprueba otra vez cuál es la posición exacta de los transportes y la nuestra respecto a los destructores, por favor."

"Las dos lanzaderas están a menos de un kilómetro de la proa del *Disuasor*, y completamente dentro del radio de acción de sus armas. El *Delta Dx9* va unos quince kilómetros más atrás. Nosotros estamos en el peor sitio que pueda imaginarse, a diez kilómetros del *Senderis* por un lado, y a sólo seis de la popa del *Disuasor* por el otro."

"Vale. Nos acercaremos al *Disuasor* hasta tenerlo al límite del alcance efectivo de nuestras baterías y ni un milímetro más. Nos quedaremos ahí todo el tiempo que podamos..."

"¡Pues puede que sea el resto de nuestra vida!"

Rammes se volvió alarmado hacia ella. "¿Qué pasa?"

"¡Mira a esos dos portanaves de escolta y dímelo tú!"

"¡Oh, mierda...!"

Granito y Alce pugnaban por seguir vivos ante el acoso constante de los cazas TIE. Los alas-B no estaban diseñados en absoluto para el combate cerrado entre cazas, pero ambos pilotos hacían todo lo que podían. Hasta el

momento, habían hecho descubrir a cuatro imperiales lo que pasaba cuando los cañones láser de un ala-B, pensados para hacer mella en naves capitales, hacían blanco sobre el casco de bajo blindaje de un TIE. Alce hacía ya rato que no veía a los Interceptores de Sombra y de Iceberg. Si habían tenido suerte, tenían que estar ya a medio camino de la *Vigilante*. *¡O quizá más cerca aún!* Alce tuvo que mirar dos veces la pantalla antes de creerlo. Por lo que le decían sus sensores la Nebulon-B se estaba aproximando a los destructores.

"¡Granito, deberíamos ir hacia la *Vigilante*! ¡Tengo la sensación de que la cosa se va a calentar por allí!

"¿Más que aquí? ¡Intentaré zigzaguear en esa dirección! ¡Ya no me acuerdo de cómo es el indicador de amenaza cuando ni pita ni parpadea!"

"¿Y todavía de diviertes con eso?"

"¡Demasiado! ¡Preferiría poder aburrirme un poco!"

Iceberg miró hacia su derecha. Sombra seguía volando pegada a su panel solar de estribor. Ambos libraban una auténtica carrera hacia la *Vigilante*, perseguidos por al menos media docena de cazas enemigos que intentaban impedirles alcanzar la meta. Iceberg estaba forzando los motores iónicos del Interceptor TIE tanto como se atrevía a hacerlo, pero eso era ya muy por encima de lo que sería seguro en condiciones normales, dado el estado en el que se encontraba el caza tras cruzarse con el escuadrón de TIEs que iba en busca de los alas-B de Alce y Granito. Sombra y él habían conseguido diezmarlos, pero la hazaña no les había salido gratis. Los dos Interceptores habían sufrido daños, pero era con mucho el de Iceberg el que había salido peor parado. Su computadora de vuelo se había apagado con el último impacto, y casi todos los instrumentos de su panel de mando habían dejado de funcionar. Las pantallas sensoras estaban a oscuras. Iceberg estaba seguro de que si se quitaba la mascarilla respiratoria olería a plástico y a circuitos quemados. El piloto echó una ojeada a su alrededor, esperando ver abrirse una brecha en cualquier momento. No necesitaba la computadora para saber que la integridad del casco de la nave corría peligro. *A ver si aguanta cinco o diez minutos más...* Justo al frente, cubriendo casi por completo el espacio visible a través de su visor frontal, el *Disuasor* estaba entre ellos y la *Vigilante*. Al volver a mirar hacia su derecha, vio dos naves a lo lejos, una de ellas parcialmente oculta por el Interceptor de Sombra. Parecían lanzaderas clase Alpha, seguramente las pilotadas por Ángel y Lince. Iceberg les deseó suerte mentalmente y volvió a concentrarse en lo que tenía delante. Más allá de la *Vigilante* estaba el segundo destructor imperial, el *Senderis*. *Un momento...* Le había parecido ver movimiento bajo el gigantesco navío. Iceberg entrecerró los ojos. Sí, sí que había algo. Diminutas figuras grises salían de los hangares del *Senderis*. Sin sensores ni computadora era imposible saber qué tipo de naves eran aquellas, pero Iceberg tenía un mal presentimiento.

"Sombra, tú todavía tienes lecturas de los sensores, ¿verdad?"

"Sí."

"Aquellos puntitos, ¿son lo que creo que son?"

"¡Bombarderos TIE!" exclamó Sombra al cabo de un instante. "¡Se dirigen hacia la *Vigilante!*"

Iceberg se golpeó la cabeza contra el respaldo del asiento un par de veces. "Me alegro de haberte conocido, Sombra."

"Lo mismo digo" contestó su compañera. No había ninguna necesidad de decir nada más. Tenían que intentar interceptar los bombarderos a toda costa. El camino más corto para ello, el único válido si querían tener alguna oportunidad de llegar a tiempo, era pasar exactamente bajo el primer destructor. Sombra apretó los dedos con fuerza en torno a la empuñadura de la palanca de mandos. Incluso si los cazas que les perseguían no conseguían alcanzarlos, no creía que pudieran conseguirlo, pero aún así mantuvo el control de potencia en la posición máxima. Iceberg y ella no tenían otra opción. No sólo por los colonos y por sus compañeros a bordo de la fragata, sino por ellos mismos. Si la *Vigilante* era destruida ellos estarían perdidos también. Y a pesar de lo inevitable que aquello resultaba, Sombra sentía un nudo terrible en la boca del estómago, le costaba respirar y tenía la garganta reseca. Tenía miedo. El miedo era parte de su trabajo y estaba acostumbrada a convivir con él, pero nunca lo había sentido con tanta fuerza como ahora. *Pues claro que tengo miedo, maldita sea. No quiero morirme aquí, no quiero.* La distancia entre ellos y los bombarderos estaba disminuyendo rápidamente, pero eso significaba que estaban alcanzando el primero de los dos destructores. *El miedo no te ayudará a sobrevivir, Jane. El miedo te hace cometer errores. Imagínate que estás en el simulador, en una de esas misiones imposibles, y que el único objetivo es sacar más puntos que Avery.* Sombra relajó la presión sobre la palanca y empezó a manejarla con mayor suavidad. *Eso está bien. Vas a necesitar toda tu habilidad para pasar por ahí en medio, y una mano agarrotada es una piloto derribada.* Sombra sonrió al recordar el viejo dicho. Los detalles de la parte inferior del enorme destructor estelar eran perfectamente distinguibles a simple vista, incluyendo la multitud de torretas y baterías láser repartidas por su quilla. Al fijarse en ellas, Sombra se dio cuenta de que todas estaban apuntando en la misma dirección.

Hacia el planetoide.

Llamarada no estaba a más de cuatro kilómetros de la *Vigilante* cuando vio a los bombarderos. Se las había apañado para llegar entera hasta allí, pero era evidente que esto no había terminado aún. Sin pensárselo dos veces hizo girar al *Interceptor* y se dirigió en línea recta hacia la formación atacante.

De pronto el espacio se llenó de luz. Hasta la última partícula de materia flotando en el vacío entre los destructores imperiales y la atmósfera exterior de KS-31 quedó inmediatamente incinerada ante la potencia combinada de docenas de baterías láser disparando a plena potencia.

## Capítulo II

El equipo científico del *Senderis* había lanzado varias sondas en las últimas cuarenta y ocho horas con el fin de obtener todos los datos geológicos pertinentes sobre KS-31. Tras realizar un análisis exhaustivo de esa información y ejecutar varias simulaciones por computadora, habían determinado el punto óptimo de la superficie sobre el que aplicar el poder de las armas de las que disponían. El *Senderis* y el *Disuasor* dispararían repetidamente todas sus armas láser concentrándolas en esa zona, una falla tectónica entre dos placas de corteza, alcanzando prácticamente hasta el núcleo del planeta. La inmensa cantidad de energía generada por los cañones láser de los destructores se abriría camino fácilmente por allí, creando una brecha artificial de varios kilómetros de profundidad. A través de ella serían guiadas varias bombas espaciales de gran potencia, armadas con cargas de fisión nuclear. Cuando hicieran explosión, el núcleo de KS-31 estallaría de dentro hacia afuera, y décimas de segundo más tarde la reacción en cadena se habría consumado. El planeta entero reventaría en pedazos, como en su día lo hiciera Alderaan a manos de la Estrella de la Muerte.

Al finalizar la cuenta atrás, el capitán de navío Perdiggo dio la orden de fuego y el plan se puso en marcha. Aunque todo el mundo sabía el minuto exacto en el que sucedería, casi nadie dejó de sobresaltarse cuando el *Senderis* y el *Disuasor* abrieron fuego al unísono. La mayoría de aquellos que tuvieron la oportunidad de contemplar aquel espectáculo infernal sintieron la sangre congelársele en las venas, sin importar si eran imperiales o rebeldes.

Alvar Parix miró asombrado la lluvia de fuego, pasando por encima de ellos en dirección al lugar en el que había pasado más de la mitad de su vida. Al volverse hacia Chistes, la piloto le devolvió una mirada de tristeza.

"Tenías razón," dijo Alvar sintiendo que la voz se le quebraba. "Están haciéndolo."

Chistes se limitó a asentir con la cabeza. No había nada que ella pudiera decir.

"Ése era nuestro hogar..." continuó el muchacho. "Pero dejó de serlo cuando llegaron los imperiales."

Chistes podía imaginarse, o eso pensaba, cómo se sentía Alvar, pero en esos momentos tenía algo mucho más inmediato de lo que preocuparse. La piloto no dejaba de mirar con aprensión al cada vez más cercano *Disuasor*. Las lanzaderas de Ángel y Lince ya comenzaban a alejarse de él. Si tan sólo una de esas torretas láser se volvía hacia ellos, serían polvo estelar antes de darse cuenta siquiera.

"Espero que estén demasiado ocupados para fijarse ahora en nosotros..." susurró sin dirigirse a nadie en particular.



De repente el transporte empezó a temblar violentamente.

"¡Un rayo tractor! ¡Nos han cogido con un rayo tractor!" gritó Chistes con desesperación. Intentó zafarse, peleando con los mandos que se le escapaban de las manos, pero los motores del Delta Dx9 no tenían ni una sola oportunidad contra un rayo tractor diseñado para retener naves del tamaño de una corbeta.

Al escuchar el grito de Chistes, Ángel miró hacia atrás a tiempo de ver cómo la nave pilotada por su compañera se salía completamente de su trayectoria y se dirigía hacia los hangares del *Disuasor*. Sintiendo que el corazón estaba a punto de salirse por la boca maniobró con brusquedad para evitar que su lanzadera pudiera ser fijada y atrapada por un segundo rayo tractor. Suponiendo que quien estuviera manejando el rayo esperaba que intentara alejarse del destructor, ella hizo lo contrario y viró hacia su derecha, directamente hacia los motores de la nave imperial. El chorro de salida de las toberas del destructor podía sin duda causarle daños, pero también estorbarían la labor del operador del rayo tractor. La lanzadera se zarandó por lo que pareció una eternidad, pero finalmente consiguió soltarse. La maniobra le llevó a menos de veinte metros del casco del destructor, pero ni se estrelló contra él ni se metió de lleno delante de las toberas al dejar atrás la nave imperial.

"¿Lince?"

"¡Vo-voy detrás tuya!"

Por el modo en que había brincado la nave, había estado realmente a punto de ser capturada como le había sucedido a Chistes. De no ser por su grito de aviso no habría tenido ni la menor oportunidad. "¡Escapad! escuchó decir a su compañera, aunque la calidad de la transmisión empeoraba por momentos, seguramente por la interferencia causada por el propio rayo tractor. "Ahora tenéis el camino despejado...!" Casi sin poder creérselo del todo, Ángel comprendió que Chistes tenía razón. No había ninguna otra nave delante de ella, y estaban a distancia suficiente del todavía existente pozo gravitatorio. La idea de marcharse dejando atrás a Chistes le hizo sentirse enferma, pero no había absolutamente nada que Lince o ella pudieran hacer. Si esperaban más, el destructor podría fulminarlas con una sola ráfaga de sus baterías traseras, tan pronto como los operadores de los rayos tractores comunicaran su fracaso al puente. La computadora de vuelo emitió una señal sonora. Estaban en posición. Ángel empujó la palanca del motivador de salto e inmediatamente se sintió aplastada contra el respaldo del asiento, al tiempo que la luz de las estrellas se alargaba y difuminaba hasta convertirse en un cono borroso que rodeó la lanzadera por un instante antes de que abandonara el espacio normal. Habían escapado.

Lince vio cómo la otra lanzadera aceleraba delante de ella y saltó casi al mismo tiempo sin mirar atrás. Tan pronto como se sintió a salvo, se dejó caer sobre su asiento, cerrando lo ojos y sintiendo que las fuerzas le abandonaban junto con la tensión del peligro ya pasado. Se sentía como si hubiera envejecido diez años en los últimos diez minutos. Desde que se había

incorporado al escuadrón Mantiss, con apenas las horas de vuelo suficientes para pilotar un ala-B, había estado a punto de morir o ser capturada demasiadas veces. Era difícil entender cómo había gente que parecía estar acostumbrada a esto. La lista de camaradas caídos en combate se había ido haciendo más larga cada día, y ella ni siquiera había tenido tiempo para lamentar cada una de esas pérdidas. Pero tarde o temprano tendría que echar fuera todo lo que se estaba guardando dentro, antes de que acabara con ella. Quizá las manos temblando encima de los mandos eran una señal de que ya no podía aguantar más. Quizá lo eran también las lágrimas que sentía pugnando por caer de sus ojos, tan pronto como parpadeara una sola vez. Tan sólo cuando sintió una mano posarse sobre su hombro ofreciendo consuelo, fue verdaderamente consciente de la presencia de cinco de los colonos apretujados junto a ella en la cabina de la lanzadera.

“Estoy bien. De verdad, estoy bien...”

Avalancha había oído también el grito de Chistes. Cada piloto del escuadrón lo había oído y sabía lo que significaba. No había esperanza para su compañera ni para las personas que transportaba.

*No todo está perdido...* susurró Joan en su mente. Avalancha sentía la preocupación de la Dama Jedi, preocupación que en parte era por la situación, pero también por ella. *Temes que me venga abajo, ¿verdad?* Avalancha estaba acostumbrada a sentirse responsable por otros desde que se convirtió en jefe de escuadrón, pero esa carga nunca le había parecido tan pesada como ahora. Ni siquiera en los peores momentos del viaje de regreso con el escuadrón Mantiss desde los mundos del Núcleo, mientras iba perdiendo piloto tras piloto y al final hasta a su nave nodriza. La decisión final de intentar este rescate había sido suya, aunque Llamada y los demás parecían dispuestos a haberlo intentado de todas formas, aún en el caso de que ella no se hubiera recuperado. Avalancha sentía que tenía que estar a la altura del valor y la entrega de sus subordinados, hacer que su más que probable sacrificio sirviera realmente para algo, y no tan sólo para que alguien escribiera una nota al final de sus respectivos expedientes, citando brevemente su heroísmo antes de pasarlos a la base de datos de fallecidos o desaparecidos en combate. También sentía que tenía que responder a las expectativas de Joan cuando la eligió para hacer esto. Pero ella no era Joan. No era una Dama Jedi. Era una piloto de caza. Una buena piloto, y probablemente también una buena jefa de escuadrón, pero eso no parecía suficiente ahora. Por un instante esperó que Joan añadiera algo más, que dijera que no tenía que preocuparse por lo que ella pensara o algo por el estilo, pero Joan permaneció en silencio. *Supongo que no quieres distraerme más aún, ¿no es así? O quizá es que has decidido ya que te equivocaste conmigo...*

"Líder Blanco, aquí la *Vigilante*." Ésa era la voz de Rammes. "El transporte ha sido atrapado por un rayo tractor," *cuéntame algo que no sepa*, "pero las dos lanzaderas acaban de saltar al hiperespacio."

Avalancha sintió como si la hubieran abofeteado. "Gracias, sargento," respondió, saliendo de su momentánea parálisis. Al menos parte de los colonos se habían puesto a salvo, junto con sus dos pilotos más jóvenes. Con eso ya habría merecido todo la pena. Habrían conseguido hacer algo, aunque no pudieran salvar a nadie más. La comandante del escuadrón Blanco se enojó consigo misma. *¿Y por qué razón no vamos a salvar a nadie más? Aún estamos a tiempo de sacar de aquí a la Vigilante, con la tripulación y la mitad de los colonos.* Avalancha se agarró a esa idea, obligándose a sí misma a no seguir pensando en Chistes. Tenía que concentrarse en lo que todavía podía hacerse.

Al mirar a su alrededor se dio cuenta de algo de lo que hasta ese instante no había sido consciente. Realmente podía sentir a las naves que la rodeaban, sin necesidad de sensores artificiales. *Como hacía Joan.* Aunque por un instante Avalancha había llegado a creer que la había dejado sola, la Dama Jedi seguía estando a su lado, aumentando de algún modo su sensibilidad a la Fuerza hasta unos niveles que jamás había sentido antes. Hacía sólo un momento, había presentido al caza TIE que estaba a punto de atacarles a Coloso y a ella. Había percibido su rumbo, su velocidad, la dirección que seguían sus disparos, y de un modo instintivo había sabido lo que tenía que hacer para no ser alcanzada por él y posteriormente derribarlo. Si se relajaba lo suficiente como para no interferir en el flujo de la Fuerza en torno suyo, cada nave era como una burbuja de energía que ella podía sentir e identificar con facilidad. Los dos destructores estelares, la *Vigilante*, los bombarderos TIE que acababan de entrar en escena, la otra fragata enemiga a sus espaldas, los cazas de ambos bandos, los dos portanaves de escolta avanzando para cortarle la ruta de escape a la *Vigilante*...

"Comandante," continuó el técnico, "hay algo más. Tenemos a dos portanaves de escolta que..."

"Lo sé," le interrumpió Avalancha. Al oírse a sí misma, se dio cuenta de que en su voz no quedaba ni rastro de la inseguridad ni el fatalismo que hasta muy poco antes sentía. *Eso está muy bien.* "Prepárese para salir de ahí y olvídense de los portanaves, sargento. Ya nos ocupamos nosotros." En la cabina de su ala-B, Coloso se alegró de que su jefa de escuadrón no pudiera verle la cara que estaba poniendo en esos momentos.

Antes de que Rammes se lo dijera, y gracias a la intensa percepción con la que Joan la estaba dotando sin duda, Avalancha ya se había dado cuenta del peligro que suponían esos portanaves. Tenían que hacer algo muy pronto o la fragata rebelde quedaría atrapada, completamente a merced de los destructores imperiales tan pronto como terminaran con el planetoide. Avalancha estaba segura de que la *Vigilante* había cambiado de posición, pero eso era lo de menos. Si Rammes había ordenado mover la nave tendría una buena razón para ello. Pero si esos portanaves de escolta terminaban la maniobra, ya no tendría la menor posibilidad de salir de allí saltando al hiperespacio. Poniendo rumbo directo a las dos naves imperiales, Avalancha se esforzó por dar con una solución al problema. Los recuerdos de Joan eran ahora también sus recuerdos. No sabía si era cosa suya o si era Joan quien se

los estaba poniendo en la mente, pero le daba igual. Se acordó de su última batalla, aquella en la que Joan fue capturada. De aquel transporte pesado, con las toberas de maniobra izquierdas dañadas, chocando con otra nave. La confusión resultante dándoles un respiro que sus pilotos pudieron aprovechar para escapar... Los portanaves de escolta eran básicamente hangares volantes dotados de potentes motores. Tenían buenas defensas anti-cazas, pero no destacaban por su capacidad de maniobra.

"Coloso, cúbreme durante quince segundos y entonces sígueme. Quiero que uses tus cañones de iones contra el portanaves que tenemos más cerca."

Coloso pensó que era inútil recordarle a Avalancha que los cañones de iones servirían de muy poco mientras esa nave mantuviera levantados sus escudos. Ella tenía que saberlo. "De acuerdo jefa. Ten cuidado." Tan pronto lo había dicho, dos Interceptores TIE enemigos le rebasaron a toda velocidad viniendo desde atrás. Sin dedicarle ni un segundo de su tiempo, ambos se lanzaron en pos de su comandante. *Habéis cometido un error, chicos*. Coloso abrió fuego sobre ellos, viendo recompensado su esfuerzo al destruir uno y conseguir que el otro abortara la persecución. Dos más se le estaban poniendo en la cola, pero se obligó a sí mismo a ignorarlos por el momento. Redirigiendo toda la energía de sus recuperados escudos a la parte trasera de la nave, Coloso se concentró en no perder de vista a Avalancha y hacer lo que le había ordenado.

### Capítulo III

Víbora niveló el Interceptor centrando al caza restante en su retícula de tiro y apretó el gatillo dos veces. Nada más ver explotar los motores gemelos de su enemigo y a sus paneles solares saliendo despedidos en direcciones opuestas, verificó sus pantallas sensoras en busca de otros blancos hostiles.

Pero estaba solo. Las únicas señales que detectaba en las proximidades eran las de las boyas de socorro instaladas en los asientos de los pilotos imperiales que habían conseguido eyectarse antes de que sus naves fueran destruidas. Al pasar de la media docena dejó de contar los cazas que derribaba, y tampoco le importaba. Había conseguido impedir que la mayoría de los TIEs que perseguían a Avalancha y a Coloso pudieran continuar la caza después de que la corbeta resultara destruida, pero entonces aparecieron nuevos enemigos y desde entonces Víbora había estado demasiado ocupado manteniéndose con vida como para pensar en qué había sido de los dos alas-B.

Al principio, cuando se vio rodeado de TIEs por todas partes, había sentido el roce del pánico, pero poco a poco terminaron imponiéndose en él otras sensaciones. Sensaciones viejas y familiares, que casi le hicieron creer que había vuelto atrás en el tiempo. Parte de ello era el hecho de que se sentía bien volviendo a estar a los mandos de un Interceptor TIE, su montura preferida cuando era piloto imperial, pero eso era lo de menos. La sensación más fuerte era la de que en esos momentos no estaba luchando por causa alguna, ni siquiera por el simple y puro deseo de sobrevivir, sino por el puro placer del juego que en cualquier momento podía traerle la muerte. Muerte cruel, muerte salvaje, muerte ardiente.

Muerte bienvenida.

Al mirar a su alrededor casi lamentó no encontrar más enemigos. Era como entonces. Había vuelto a sobrevivir contra todo pronóstico razonable. Su Interceptor estaba tocado, pero aún respondía a los mandos. Víbora suspiró pesadamente e intentó alejar los viejos sentimientos que pensaba haber superado hacía ya mucho tiempo, desde que comprendió que nada que hiciera podría traerle de vuelta a Lisandra. Daba miedo pensar que todo aquello seguía acechando dentro de él, agazapado en la oscuridad de sus pensamientos, listo para salir y tomar el control a la menor oportunidad. El piloto se levantó la placa frontal del casco y se limpió el sudor con su mano enguantada. El momento había pasado. Lisandra estaba muerta y él estaba vivo. Ahora luchaba para el que creía era el bando justo. Tenía que concentrarse en el presente. Víbora le pidió a la computadora de vuelo que le mostrara la posición de la *Vigilante* sobre la pantalla sensora. Estaba lejos.

Incluso desde esa distancia podía apreciarse un intenso fuego de láser en el área. La destrucción del planeta había comenzado, y eso significaba que se estaba quedando sin tiempo. Si no conseguía alcanzar la fragata antes de que saltara al hiperespacio, más le valía estrellarse contra una cualquiera de las naves imperiales. No le importaba nada de lo que le había pasado por la

cabeza o de lo que había sentido minutos antes. No quería morir. No ahora. No aquí.

Víbora empujó el control de potencia hasta el fondo y comenzó la larga y desesperada carrera hasta la nave nodriza.

*Vaya. Ahora sí que tengo buenas razones para estar asustado.*

Iceberg y Sombra volaban justo bajo la quilla del *Disuasor* cuando los dos destructores estelares empezaron a descargar su tormenta infernal contra el planetaide. El interior de sus cabinas se llenó de luz, haciendo que ambos pilotos sintieran un escalofrío recorrerles la espalda, congelando el sudor a su paso. Afortunadamente para ellos todas las armas de los destructores estaban concentradas sobre un mismo objetivo, pero aún así necesitaron de toda su pericia para evitar ser alcanzados. Para ello tuvieron que volar literalmente pegados al casco del *Disuasor*, esquivando los puntos donde había montadas torretas y baterías láser. Uno de sus perseguidores fue menos hábil o tuvo peor suerte. El caza TIE fue rozado por una descarga de uno de los cañones del destructor, que le arrancó de cuajo la mitad de un panel solar y lo mandó rebotando hacia una segunda batería. Ésta le cogió de lleno. El resto de pilotos imperiales tomaron en cuenta el aviso y decidieron ser más prudentes, aunque fuera a costa de perder terreno respecto a los Interceptores a los que perseguían. Sombra ni siquiera se dio cuenta de lo que acababa de suceder a sus espaldas, tan concentraba como estaba en lo que tenía al frente. Aunque no podían haber pasado más que unos pocos segundos, cuando alcanzó por fin el otro lado del destructor le parecía como si llevara toda la vida ahí abajo. Pero todavía no era momento de alegrarse.

"¿Sombra, sigues ahí?"

"Sí, Iceberg, detrás de ti, cerca de tu panel de estribor."

"Tú los de la derecha y yo los de la izquierda."

"De acuerdo."

Tras dejar atrás al destructor, no había nada entre ellos y los bombarderos, y los Interceptores estaban logrando reducir la distancia que los separaba rápidamente, siguiendo un vector de aproximación prácticamente perpendicular a la ruta que llevaban sus enemigos. Seguían teniendo TIEs detrás de ellos, pero un poco más lejos que antes de pasar bajo el *Disuasor*. Dispondrían de medio minuto escaso para hacer lo que tenían que hacer, y Sombra sabía que no sería suficiente. A pesar de estar muy cerca cuando Chistes fue atrapada por el rayo tractor, no habría podido hacer nada por ayudarla aunque lo hubiera intentado. Lo único que la aliviaba en parte era el que las lanzaderas hubieran logrado pasar. Ahora Iceberg y ella tenían que intentar eliminar a la mayor parte de la formación de bombarderos TIE antes de que tuvieran ocasión de disparar sus torpedos contra la *Vigilante*. Si no derribaban o incapacitaban los

suficientes, o no lo hacían lo bastante rápido, la fragata sería destruida o capturada.

Sombra apretó los dientes hasta hacerse daño. Los bombarderos estaban ya a menos de seis kilómetros de la fragata. Eso significaba que la tenían dentro del alcance efectivo de los torpedos, aunque seguramente esperarían a estar un poco más cerca, con el fin de reducir las posibilidades de que los proyectiles fueran derribados por los artilleros de la nave. *Si supieran que no tenemos artilleros...* La única ventaja que Iceberg y ella tenían era que las computadoras de vuelo de los bombarderos seguramente no identificarían a sus Interceptores como amenaza potencial, y por lo tanto sus indicadores de amenaza no empezarían a inmutarse hasta que ellos abrieran fuego. Cuatro kilómetros y medio de los bombarderos a la fragata. La retícula de tiro de Sombra se puso verde y ella apretó el gatillo.

El bombardero TIE se salió de la formación con daños graves en el casco. Sombra lo ignoró y pasó a seleccionar un nuevo blanco. Esta vez falló el disparo, pero antes de poder volver a intentarlo tuvo que virar bruscamente para evitar chocar contra la formación enemiga. Lo hizo de forma que al final del giro volviera a tenerlos delante. Iceberg, que ya había conseguido derribar a uno, terminó la maniobra un instante antes que ella, reduciendo la velocidad tanto como pudo para quedarse a cola de los bombarderos. Una de las naves Imperiales explotó exactamente en el centro de la formación.

"Buen tiro, Iceberg."

"¡Yo no le he dado a ése!"

"¡Pues claro que no!"

"¿Llamarada?"

El fuego láser de los destructores cesó de repente. Por un instante, Psico pensó que todo había terminado. Con semejante descarga de fuego, no podía quedar nada de la factoría, de la colonia ni de sus alrededores. Pero de pronto su computadora de vuelo le informó de que los sensores habían detectado el lanzamiento de varios proyectiles contra el planetoide. Al ver sobre la pantalla la identificación ofrecida por la computadora como más probable, Psico dejó escapar una exclamación. Bombas espaciales de fisión. Realmente iban a volar el planetoide.

Tenía que alejarse de KS-31 cuanto antes o no lo contaría. Pero Delta Uno había resultado ser un adversario más duro de lo que esperaba. Por tres veces había conseguido acercarse a él lo suficiente y centrar al Interceptor en sus miras. Dos de ellas había conseguido tocarle incluso con un disparo láser, aunque sin causarle daños de importancia. En todas las ocasiones Hagger había logrado escabullirse y mantenerse en el combate, buscando incansablemente ponerse a cola de su ala-A. Los habían dejado solos. Eso

sólo podía significar que los mandos imperiales habían notificado a sus pilotos de caza que se apartaran de KS-31, y al parecer habían obedecido todos menos Delta Uno. Sin ayuda, era poco probable que Hagger consiguiera derribarle, ya que los escudos podían absorber sin demasiados problemas los ocasionales impactos conseguidos por el piloto imperial. Por el contrario, era cuestión de tiempo que Psico lo derribara a él.

*Pero no tenemos tiempo ninguno de los dos.* "Hagger, ¿puedes oírme?"

"Te oigo, rebelde."

"Creo que sería prudente salir de aquí. Si no lo hacemos de inmediato, ninguno de los dos vivirá lo suficiente para ganar este combate."

"Seguro. Márchate tú primero y yo te sigo."

"¿Estás de broma? ¿Y que me frías tan pronto como te dé la espalda?"

"Por lo que he visto hoy, sois vosotros los rebeldes quienes acostumbráis a engañar primero y a disparar por la espalda después."

Psico se quedó callado por un momento. Hagger tenía razón. Habían hecho exactamente eso, aunque no habían tenido otra opción si querían rescatar a los colonos y salir con vida de allí. Pero no había tiempo para explicaciones, ni para intentar llegar a un acuerdo dialogado. Era ahora o nunca. Psico viró en dirección al espacio exterior y empujó hasta el fondo la palanca del selector de potencia. "Está bien, Delta Uno, tú ganas. Espero que no aproveches la ocasión para mandarme al infierno. Antes de que respondas, quiero decirte que siento de verdad lo de tus compañeros. Ojalá las cosas no fueran como son."

"Cállate de una vez, maldito charlatán. No te dispararé. Acabaremos esto en otra ocasión, ¡pero para entonces espero estar pilotando un TIE Avanzado con hiperimpulsores y escudos!"

"¡Hasta entonces, teniente!" A pesar de lo que acababa de decir Hagger, Psico no dejó de observar su pantalla sensora trasera hasta que el ala-A, con toda la energía de las armas y parte de la de los escudos reinvertida en aumentar su velocidad, empezó a dejar atrás al Interceptor TIE.

Segundos más tarde el planetoide explotó a sus espaldas.

La onda expansiva barrió a través del espacio con una fuerza increíble. Fragmentos del tamaño de edificios eran lanzados en todas direcciones como auténticos proyectiles, en medio de una nube de polvo ardiente que se iba consumiendo a sí misma a medida que se extendía. Todo lo que no estuviera lo bastante lejos del centro de la explosión sería desintegrado sin remedio. Psico se mantuvo volando en línea recta, sintiendo cómo su caza se estremecía al ser alcanzado por la parte exterior de la onda, que acarrea consigo los gases incandescentes que hasta unos instantes antes habían formado parte de la atmósfera de KS-31. Sin atreverse siquiera a mirar atrás



por encima del hombro, rezaba en silencio para que se hubiera puesto en marcha a tiempo. Psico se sorprendió a sí mismo rogando también para que ninguno de los compañeros de Hagger hubiera logrado eyectarse.

*Sería horrible sobrevivir tras ser derribado para luego morir así...*

En un momento dado el ala-A dejó de temblar, y Psico comprendió que lo había conseguido. Poco más tarde una luz roja se apagó en su panel y sus sensores traseros empezaron a recuperar su capacidad. Después de unos segundos un solitario punto rojo apareció sobre su pantalla sensora trasera, a unos tres kilómetros por detrás de él. Hagger también lo había logrado. Psico sonrió y puso rumbo hacia la *Vigilante*.

Los dos portanaves de escolta llenaban el espacio delante de ella. Avalancha sabía que había llegado el momento de hacer su parte, de jugarse el todo por el todo con tal de que los colonos y aquellos que habían arriesgado su vida por ellos tuvieran una oportunidad de escapar. De alguna forma sabía también que toda su vida se había estado preparando para hacer esto.

Pero no estaría sola. Joan y ella harían esto juntas. Sí, esa era la respuesta, lo que Joan había intentado decirle todo el tiempo. Ninguna de las dos podría hacerlo sin la otra. Se necesitaban y se complementaban, y al comprenderlo de ese modo sintió la presencia de la Dama Jedi más fuerte que nunca a su lado. Casi tanto como cuando se había encontrado dentro de ella, contemplando su vida a través de sus ojos y aprendiendo con ella todo aquello que quizá nadie más podría haberle enseñado. Ambas se entendieron sin necesidad de articularlo en palabras. Tampoco las necesitó Joan para explicarle a Avalancha lo que tenía que hacer. Daba un poco de miedo, pero confiaba en ella tanto o más que en sí misma.

*Ahora, Sherry.*

*Estoy lista. Supongo...*

Las mentes de Avalancha y de Joan d'Arc se unieron en una sola conciencia. Por un instante Joan creyó que iba a experimentar lo mismo que cuando ella se introdujo en Joan, o mejor dicho, en la memoria de Joan. Pero no fue así. Aquellas seguían siendo sus manos, sus ojos eran sus ojos. Esta vez era Joan quien vivía en ella y sentía lo que sentía ella. Avalancha se relajó y permitió que la Fuerza fluyera libre a su alrededor. Alrededor de las dos. De pronto parecía fácil. Era como si Joan y ella fueran la misma mujer. *Sí, y también la piloto más mortal que jamás se haya visto.* ¿Eso lo había pensado Joan o ella? *Qué más da.* Movi6 la palanca de mando de forma imperceptible a ambos lados y sonrió. Podía percibir el ala-B como si fuese una extensión de su propio cuerpo, tal y como le pasaba a Joan con su *Cantante*. Y no sólo al caza. Podía sentir todo lo que la rodeaba con una claridad increíble. Las naves enemigas disparaban hacia ella con todas sus armas, pero no se asustó. Estaba preparada para enfrentarse a ellas.

Avalancha hizo pasar al ala-B a través de la barrera de fuego levantada frente a ella por los dos portanaves de escolta disparando al unísono. Sabía, mejor dicho, *presentía* lo que tenía que hacer en cada instante para evitar ser alcanzada, esquivando cada rayo láser y cada misil de impacto que era lanzado contra ella. Cada disparo causaba un efecto en el flujo de Fuerza que ella percibía e interpretaba sin pensar.

Ya casi estaba encima de la primera de las naves.

Coloso no entendía lo que estaba pasando. Al transcurrir los quince segundos que Avalancha le había ordenado que esperara, la había seguido hacia el portanaves enemigo. Coloso estaba seguro de que el plan de su comandante consistía en disparar todos sus torpedos contra el portanaves y debilitar lo suficiente sus escudos como para que los cañones de iones del ala-B de Coloso pudieran causar algún efecto en sus sistemas electrónicos. Pero en lugar de eso, Avalancha seguía acercándose al navío imperial. Cuando se dio cuenta de lo que pretendía hacer, Coloso abrió la boca de par en par, completamente pasmado.

Avalancha disparó furiosamente contra la apertura situada en la proa del portanaves, donde se encontraba el portal de entrada y salida de su vasto hangar principal. Si quería entrar en él por la fuerza, antes tenía que atenuar cuanto pudiera la intensidad de los escudos en la zona del portal, pues de lo contrario sería casi como estrellarse contra una pared. Avalancha se preparó para el impacto. Al entrar en contacto sus propios escudos con los del portanaves se produjo un intenso fogonazo, que la hubiera cegado de no ser por la rápida polarización de sus gafas. El ala-B se estremeció salvajemente de un extremo al otro al cruzar a través del portal y su todavía activo campo de protección. Avalancha tuvo que esforzarse para conservar el control de su nave y no precipitarse contra la cubierta de vuelo.

*Ya estamos dentro.*

Tirando hacia atrás de la palanca del selector de potencia, Avalancha cortó de golpe el impulso de los motores y activó los repulsores para reducir su velocidad y finalmente quedarse detenida en el aire, a un metro escaso de la cubierta. De inmediato abrió fuego contra las lanzaderas, transportes ligeros y otros vehículos allí estacionados, los contenedores de combustible y de munición, todo valía. Los sorprendidos tripulantes se lanzaban al suelo por doquier, en busca de un inexistente refugio. El hangar era un infierno de fuego y explosiones dónde no había lugar para esconderse. Cuando el cazabombardero rebelde se dio la vuelta y salió del hangar entre el rugido de sus motores, dejó detrás el más terrible de los caos.

Coloso estaba seguro de que Avalancha se había matado en el intento, pero decidió obedecer su última orden de todas formas. Frunciendo el ceño en un gesto de determinación se lanzó hacia el portanaves enemigo, al que su computadora había identificado ya como el *Altaner*. Para su sorpresa, la mayoría de las defensas de la nave habían dejado de disparar, y según sus

instrumentos los escudos estaban fluctuando, a punto de caer. Quizá Avalancha se había estrellado contra algo importante. "Espero que haya merecido la pena, jefa," dijo en voz alta, al tiempo que seleccionaba los cañones del ionos y empezaba a disparar. Las descargas azuladas se estrellaban contra el casco de la nave, envolviéndola en un resplandor de tonos eléctricos. Estaba funcionando. Desde el segundo portanaves hacían lo que podían por derribarle, pero no podían hacer gran cosa sin acertarle a su nave gemela. Cuando ya estaba a punto de girar para evitar chocar contra su objetivo, vio salir algo por la proa del *Altaner*. Era el ala-B de Avalancha, seguido por una impresionante llamarada procedente del interior del hangar.

Coloso se quedó sin palabras. Su computadora le informó de que todos los sistemas primarios del *Altaner* estaban desactivados. La nave había quedado completamente fuera de control, girando en el espacio en la dirección hacia la que había sido empujada por sus toberas de maniobra antes de que dejaran de funcionar. La otra nave, el *Richelord*, que se había acercado lo máximo posible en un intento de prestarle ayuda, intentó maniobrar para evitar el choque. Casi lo consiguió, pero a pesar de todo el mortalmente dañado *Altaner* se estrelló contra el lado izquierdo del *Richelord*, penetrando parcialmente en su estructura. El aire se escapaba de la primera de las naves a través de varias brechas que se habían abierto en el casco, extinguiendo los incendios declarados en su interior, pero matando a todos los tripulantes que estaban zonas abiertas. La fuerza del impacto había sacado a ambas naves de su ruta anterior. Los motores del *Richelord* seguían funcionando, pero le era imposible realizar maniobra alguna llevando al *Altaner* literalmente incrustado en su casco.

Coloso comprobó que las cámaras de vuelo de su ala-B estuvieran funcionando. Si aún salían de ésta, necesitaría su ayuda para creerse lo que acababa de ver.

## Capítulo IV

[Puente de la *Vigilante*]

"¿Has visto eso?" medio preguntó, medio chilló Lailha Dengar, en un tono de voz que le salió mucho más agudo de lo que era normal en ella. "¡Da la orden de saltar y vayámonos de aquí!"

"Todavía no," contestó Rammes señalando al monitor en el que ambos contemplaban cómo lo que quedaba del escuadrón de bombarderos TIE del *Senderis* seguía acercándose, atacados furiosamente por tres de los Interceptores TIE del supuesto escuadrón Duende. La imagen era transmitida por una de las holocámaras instaladas en el casco de la *Vigilante*. "Tenemos que esperar a esos pilotos."

"Que lo dejen ya y aterricen. Entre los tres han conseguido reducir el número de bombarderos a la mitad. Seguro que nuestros escudos pueden aguantar los torpedos del resto."

Rammes se mordió el labio mirando de reojo a un segundo monitor. Sobre él se veía al transporte Ballard Dos acercándose irremisiblemente a la bahía principal del *Disuasor*, a punto ya de ser introducido en uno de sus hangares. El técnico no quería moverse de donde estaban antes de estar seguro de que el transporte era capturado, aún sabiendo que no tenía la menor oportunidad de escapar al rayo tractor que lo sujetaba. Pero tanto su compañera como la comandante Krenzel tenían razón. No podían seguir corriendo más riesgos. Ya habían conseguido más de lo que esperaban. "Está bien. Llama a los Interceptores."

Dengar había activado la unidad de comunicaciones antes de que Rammes terminara la frase.

"¡Unidades Duende, olvídense de los bombarderos que quedan y aterricen inmediatamente en la *Vigilante*!" Mientras lo decía, vio cómo dos de los bombarderos acababan de soltar sus torpedos de protones. La joven sargento se puso en tensión. Ojalá no se equivocara al estimar que los escudos de la *Vigilante* podrían resistir el ataque.

"A toda la tripulación. Prepárense para el impacto de varios torpedos de protones." Al transmitir el mensaje miró a Rammes, pero éste había devuelto ya su atención a lo que estaba sucediendo con el Delta Dx9 y no se dio cuenta.

[A bordo del transporte Ballard Dos]

"¿No podemos hacer nada?" preguntó Alvar sin apartar la vista del hangar, profusamente iluminado, al que estaban siendo dirigidos. Para el joven colono aquello bien podían ser las fauces de un gigantesco monstruo a punto de tragarseles.

"No, lo siento," respondió Chistes con voz serena. *Debería estar histérica, pensó. Estaba mucho peor hace un rato, cuando me di cuenta de que no había cargado las coordenadas de salto en la computadora, o cuando estaba discutiendo con los colonos, pero ahora... Nunca sabes cómo vas a reaccionar ante el desastre hasta que llega de verdad.* "Para escapar de un rayo tractor de esta potencia," explicó en beneficio de Alvar, "necesitaríamos motores mucho más grandes que los que tiene esta nave."

"¿Dónde está el rayo tractor?"

"¿El rayo? Ah, bueno, supongo que te refieres al generador. Un destructor estelar clase Imperial II, como éste, tiene varios repartidos por el casco, y al menos uno en cada uno de los hangares." Chistes recorrió con la mirada la quilla del *Disuasor*. "El nuestro debe ser ése de allí," dijo señalando hacia una protuberancia en forma de cono. "De un momento a otro pasarán el control al del hangar al que nos dirigimos."

"No lo veo..."

"Está allí, justo enfrente. Mira hacia el morro de la nave y luego levanta un poco la vista..." Chistes se calló de repente. Alvar notó que había abierto mucho los ojos, pero antes de que pudiera preguntarle si le pasaba algo, la piloto siguió hablando. Alvar no pudo decidir sin embargo si seguía dirigiéndose a él o si más bien estaba pensando en voz alta.

"Enfrente, justo enfrente. Esto es un transporte de tropas de asalto clase Delta, y todas las naves de ese tipo están armadas... ¡sí, con doce torpedos de protones en lanzadores externos, como un ala-B!" Alvar percibió la esperanza en la voz de Chistes y sintió que el corazón empezaba a latirle a toda velocidad. La mirada de la piloto iba de un sitio a otro, del panel frontal de instrumentos a los controles instalados en el techo y de vuelta al panel, como si estuviese hipnotizada. Cuando su expresión cambió de repente a una de una intensa fiereza que Alvar no le había visto hasta el momento, el joven dedujo que Chistes había encontrado lo que buscaba.

"¡Aquí está, aquí está todo, y según este indicador vamos cargados!" Chistes miró hacia adelante. Estaban a punto de cruzarse con el generador. No había forma de que pudiera maniobrar para cambiar la orientación del morro de la nave, así que si dejaba pasar tan sólo unos pocos segundos más ya sería tarde. Pero sus manos volaban ya hacia los controles de los lanzadores y armaban los torpedos de protones. Desconectó el seguro y apretó el gatillo disimulado en la parte posterior del volante de control. No levantó el dedo hasta que el último torpedo salió disparado por los laterales del transporte.

Uno tras otro, todos los proyectiles se estrellaron contra la zona del casco que albergaba el generador del rayo tractor. A esa distancia, los escudos del destructor no podían ya detenerlos. Los dos primeros habían conseguido su objetivo, destruyendo el generador y liberando al transporte. El resto explotaron sobre el casco, dañando el blindaje pero sin causar grandes daños, excepto

uno que se coló en el hangar y destruyó la catapulta del lanzamiento de TIEs más cercana. Nada más notar que recuperaba el control de la nave, Chistes aceleró para alejarse de la zona de hangares siguiendo la misma ruta que habían utilizado minutos antes Ángel y Lince. El casco del destructor desfilaba por encima de sus cabezas a velocidad creciente, a medida que se acercaban a su popa. Chistes se apartó del destructor para evitar ser alcanzada por la salida de las toberas de la nave, y puso la mano sobre la palanca del motivador de salto.

Y la volvió a quitar al aparecer prácticamente de la nada tres Delta Dx9 como el suyo, cortándole el paso.

"Huésped Uno a *Disuasor*. Los tenemos."

"Copiado, Duende Uno. Esta vez no correremos riesgos. Desactívenlos."

Aunque Chistes no pudo escuchar el breve intercambio entre el líder de la fuerza de asalto y el destructor estelar, no le hacía falta para saber que había salido de un pozo para caer en otro. La piloto dejó escapar una maldición.

"Estúpida de mí. Debí haber guardado algún torp..."

La primera descarga iónica impactó directamente sobre el visor delantero, deslumbrando a Chistes y a Alvar y haciéndoles saltar de sus asientos. Tras el repaso que les había dado el Interceptor TIE poco antes, los escudos del transporte apenas habían tenido ocasión de recuperarse. No harían falta demasiados disparos como ése para dejar la nave totalmente incapacitada.

[Grupo de Interceptores Duende]

"Ya lo habéis oído, gente," transmitió Llamrada, "¡Hay que irse!"

Iceberg torció el gesto y siguió al Interceptor pilotado por la oficial ejecutiva del escuadrón por encima de la formación de bombarderos TIE, con Sombra pegada a su panel izquierdo. *Nos van a freír*, pensó para sí. No tenían más remedio que rebasar a los bombarderos que quedaban, seis en total, para poder llegar hasta la *Vigilante*, pero eso significaría que quedarían expuestos al fuego de sus cañones láser. De hecho ya estaban empezando a disparar.

"Esos tipos deben estar deseando mandarnos al infierno," dijo Sombra, expresando en voz alta lo que Iceberg estaba pensando. "Después de todo acabamos de derribar a sus compañeros..."

Iceberg no respondió. Maldiciendo su suerte se retrasó para interponerse entre sus dos compañeras y los bombarderos imperiales, sabiendo que no podría cubrir las por mucho tiempo. Un solo impacto y su más que tocado Interceptor se convertiría en una nube de fragmentos.

"¿Se puede saber qué haces?" preguntó Sombra al darse cuenta de la maniobra.

"Calla y sigue corriendo, por lo que más quieras." El piloto rebelde miró hacia atrás, esperando ver venir su propia muerte a través de la escotilla trasera. Pero lo que vio fue al bombardero TIE más cercano explotando en mil pedazos.

"¿Quién...?"

"¡Sigue tu propio consejo y corre!" le interrumpió la voz de Alce.

"¿Nos echabais de menos?" añadió Granito.

"¡Os quiero, realmente os quiero a los dos!" Iceberg sonrió. El hangar principal de la *Vigilante* parecía estar de pronto muchísimo más cerca.

[Puente de la *Vigilante*]

"No hay daños," informó la sargento Dengar. Su rostro estaba muy pálido, pero eso no tenía nada de particular considerando que acababa de experimentar por primera vez lo que se siente cuando se ve venir una andanada de torpedos de protones dirigidos hacia la nave en la que uno se encuentra. "Los escudos han aguantado esa primera oleada, aunque han bajado al sesenta y tres por ciento. En condiciones normales se recuperarían en unos quince minutos." Dengar no dijo el resto de lo que estaba pensando. Que en quince minutos, las naves que tenían alrededor podrían haberlos machacado al menos una docena de veces.

"Nos iremos enseg... Espera, algo está pasando debajo del *Disuasor*. Una explosión..." Rammes abrió la boca de par en par. La holocámara que apuntaba al Delta Dx-9 lo siguió por unos instantes mientras salía disparado hacia la popa del *Disuasor*, pero lo perdió cuando su piloto decidió volar pegada al casco del destructor para no convertirse en blanco fácil de sus armas o de un segundo rayo tractor. "¡El transporte ha conseguido escapar!"

"No, creo que no," dijo Dengar detrás de él, señalándole a las tres naves de su mismo tipo que se dirigían a interceptarlo. Rammes sabía que ninguno de los cazas del escuadrón Blanco estaba lo suficientemente cerca como para prestarle ayuda, pero la propia *Vigilante* sí que tenía a tiro a sus atacantes, aunque fuera a costa de estar ella misma al alcance del *Disuasor*.

"¡Rápido, envía los datos de telemetría a todos los puestos de artillería! ¡Todas las baterías, disparad contra los transportes identificados como Huésped Uno, Dos y Tres!"

Casi al instante, varias torretas láser cobraron vida en la sección frontal de la Nebulon-B.

[A bordo del transporte Ballard Dos]

Los tres transportes enemigos fueron alcanzados casi al unísono, con distintos resultados. Uno de ellos explotó de inmediato. El segundo tuvo mejor suerte, y fue capaz de evadirse con escasos daños. El tercero recibió un impacto directo en uno de sus motores, lo que hizo que el piloto perdiera momentáneamente el control. Chistes vio cómo la nave se le echaba encima, pero saliendo de su estupor consiguió reaccionar a tiempo y evitarla por un par de metros. A su lado, Alvar dejó escapar un chillido, pero ella casi no le oyó. Frente a ella sólo se veían estrellas. Tenía el camino despejado. Con un grito salvaje de alegría que ahogó lo que quedaba del de Alvar, Chistes empujó la palanca del motivador de salto y el Delta Dx9 se internó en el hiperespacio. El familiar torbellino de luces y sombras jamás le había parecido tan bello. La piloto se abrazó al joven colono hasta casi estrangularlo, pero Alvar no se quejó. Estaba demasiado contento.

"¿Esto es lo que haces normalmente para ganarte la vida, Diana?" preguntó cuando consiguió retener suficiente aire.

"Ooooooh, no. Esto es sólo los días buenos," contestó Chistes encogiéndose de hombros.

Alvar se rió con ganas, por primera vez en mucho, mucho tiempo. El lugar en el que había pasado la mayor parte de su vida ya no existía, convertido en una nube de polvo y fragmentos, pero en ese momento no le parecía tan importante.

[Puente del destructor estelar *Disuasor*]

"¡Señor, el grupo Huésped ha sido atacado desde la *Vigilante*! ¡Ballard Dos acaba de saltar al hiperespacio!"

El capitán de navío Legann sabía lo que había sucedido sin necesidad de que nadie se lo contara. Lo había visto todo por sí mismo en los monitores y en la pantalla táctica. Tuvo que reprimirse para no dejar escapar una obscenidad en voz alta. *Ese imbécil de Perdiggo...* pensó no por primera vez. *¿Cómo permite que un puñado de rebeldes nos esté haciendo esto? ¿Cómo es posible que se infiltren en nuestra flota y se deje engañar por ellos, a pesar de que la presencia de esa nave aquí era de lo más sospechosa?* Lo que más le



molestaba y sorprendía de todo, era que él mismo no hubiera hecho nada para impedirlo, a pesar de que había sido plenamente consciente de los errores de Perdigo a medida que éste los cometía. Pero eso era lo de menos. La responsabilidad de las pérdidas que habían sufrido hasta el momento, así como del hecho de que un número indeterminado de colonos hubiera conseguido escapar, recaería plenamente sobre él. De eso Legann estaba convencido. No obstante, este desastre aún podía convertirse en una victoria, aunque fuera parcial, y sería él quien lo hiciera. Ya estaba bien de esperar órdenes de semejante inepto.

“Capitán Ibis,” dijo dirigiéndose a su segundo de abordaje, “fuego a discreción con todas nuestras armas contra la *Vigilante*, y que salgan nuestros propios bombarderos TIE.” Hasta hacía un momento, hubiera sido demasiado arriesgado lanzar el escuadrón de bombardeo del *Disuasor*, mientras ese Delta Dx9 era remolcado hacia la zona de hangares, pero ahora ya no había ninguna razón para no emplearlo.

“Al instante,” respondió su subordinado con visible satisfacción.

“Señor,” dijo el oficial de sistemas sensores volviéndose hacia él. “La *Vigilante* está girando. Según las lecturas de energía provenientes de sus hiperimpulsores, están preparándose para saltar al hiperespacio.”

“¡Entonces déense prisa, maldita sea!” exclamó Legann dándose un puñetazo en la palma de la mano.

[A bordo de la *Vigilante*]

El Interceptor de Llamarada entró en el hangar principal de la *Vigilante* llenándolo con el aullido de sus motores iónicos. La piloto necesitó de toda su habilidad para no estrellarse con nada. Iceberg y Sombra atravesaron la apertura externa inmediatamente detrás de ella. Iceberg consiguió detener el suyo apenas a un metro de uno de los mamparos. En esos momentos, la fragata estaba empezando a volverse hacia el espacio exterior, acosada por un grupo de bombarderos TIE, aunque los escudos seguían resistiendo. Llamarada se quitó su máscara con un suspiro de alivio y abrió la escotilla para salir del caza, pero apenas puso un pie sobre la cubierta de vuelo el hangar entero tembló a su alrededor. La máscara se le cayó entre los pies. Al levantar la vista y mirar hacia el exterior de la nave, pudo comprobar que el *Disuasor* acababa de abrir fuego contra ellos.

“Espero que no nos quedemos demasiado tiempo por aquí...” dijo en voz alta sin dirigirse a nadie en particular. A su derecha, Sombra salía ya de su Interceptor. Llamarada le saludó con la mano. “Es increíble que hayamos vuelto enteros volando en estos trastos, ¿verdad?”

Sombra resopló antes de permitirse una sonrisa. “Sí, es verdad...” La piloto miró a su alrededor. “Falta el de Víbora. ¿Le has visto?”

"No desde que empezó el jaleo..."

[Batalla alrededor de la *Vigilante*]

Además de a los TIE enemigos, los pilotos rebeldes se enfrentaban ahora al fuego de los cañones del *Senderis*, acercándose a máxima potencia por el lado opuesto al *Disuasor*, en un intento de poner la *Vigilante* a su alcance. Todas las naves del escuadrón Blanco estaban tocadas en mayor o menor grado, y algunas ni siquiera tenían ya escudos. Un escuadrón de refresco de bombarderos TIE se unía a la batalla, procedente del *Disuasor*. La fragata Nebulon-B *Grannia*, a la que *Avalancha* y *Coloso* no habían llegado a atacar, alcanzaba al *Senderis* y se disponía a unir sus baterías a las de las dos naves capitales principales. La *Vigilante* podría haber saltado al hiperespacio antes de que el *Senderis* y la *Grannia* la tuvieran a tiro, pero no podría escapar del *Disuasor*. Los cañones del destructor estelar estaban machacando literalmente a la fragata. Los escudos de la *Vigilante* no resistirían hasta el punto de salto, y el puñado de pilotos rebeldes no podrían hacer nada para evitar su destrucción o su captura. La realidad era que sus propios cazas no podían soportar el castigo que estaban recibiendo por más tiempo. Si permanecían allí, estarían muertos muy pronto.

La voz de *Avalancha* resonó en los auriculares de todos y cada uno de ellos. "Todos vosotros, saltad ahora mismo! ¡Es un orden!"

"¿Y qué pasa con...?" empezó a decir *Coloso*.

"¡SALTAD AHORA!"

El grito de *Avalancha* no admitía argumento alguno. Con una mirada angustiada a las lecturas de los escudos de la *Vigilante* captadas por los sensores de su ala-B, puso rumbo hacia el espacio exterior y activó el motivador de salto. *Granito*, *Alce* y *Psico* le siguieron.

Nada más verles desaparecer, la comandante del escuadrón Blanco hizo girar su cazabombardero hasta que la zona de la superestructura del *Disuasor* que albergaba el puente de mando quedó en el centro de su retícula de disparo. Un ala-B contra un destructor estelar. *Si tiene que haber un sacrificio hoy, será el mío...* La parte de ella que era *Joan* no contestó.

[Puente del destructor estelar *Disuasor*]

"¿A qué están esperando los artilleros? preguntó *Legann* con enojo. "¡Que derriben a ese loco del ala-B mientras acabamos con la *Vigilante*!"

Algunas de las torretas láser montadas en la superestructura del destructor dejaron de disparar contra la fragata en fuga y se orientaron hacia el cazabombardero rebelde que se aproximaba.

[Puente de la *Vigilante*]

El sargento Rammes no podía apartar los ojos de los indicadores de los escudos. Mostraban un seis por ciento en la sección de los motores, y un diez por ciento en el resto de la nave. Estaban a punto de colapsarse. Si los motores resultaban dañados antes de que alcanzaran la velocidad de salto jamás lo lograrían. *Parece que Lailha tenía razón. He metido la pata creyendo que podíamos salvar a los transportes y también a nosotros mismos. Y ahora todos mis compañeros y los colonos que llevamos a bordo van a pagar por mi error.* Escudos traseros al cinco por ciento. Cuatro.

"¡Un Interceptor TIE viene por estribor!" exclamó Dengar, ajena a sus funestos pensamientos aunque fuera la primera en predecir lo que iba a suceder. "Un momento, es el del capitán Stauber. Parece que se dirige al hangar secundario, pero viene demasiado deprisa."

Rammes hizo una mueca. Ojalá ese piloto alcanzara la fragata a tiempo. Ojalá no saltaran todos por los aires inmediatamente después de eso. Treinta segundos para el salto y nada que él pudiera hacer por adelantar el momento. Veinticinco segundos.

"¡Los escudos han caído!"

Rammes cerró los ojos y cruzó los dedos. Su compañera hacía varios minutos que tenía cruzados los suyos.

[Espacio alrededor de la *Vigilante*]

El ala-B de Avalancha parecía evadir los rayos láser que venían hacia él desde el *Disuasor* como si fuera cosa de magia. O más bien cosa de Jedis. Avalancha jamás había experimentado tal conexión con la Fuerza. El puente en forma de cruz del destructor estelar llenaba todo su visor frontal. Con el selector de armamento colocado en la posición correspondiente a los lanzadores de torpedos de protones, Avalancha acarició el gatillo. La pared de fuego delante de ella era terrible, pero aún así continuó acercándose hacia su objetivo, bailando entre lanzas de energía mortal que la desintegrarían literalmente en caso de alcanzarla, inventando un camino imposible a través de un laberinto hecho de rayos láser. Con toda la energía de la nave concentrada en los motores, sus escudos habían desaparecido y sus cañones eran incapaces de disparar.

*Un poco más cerca...* pensaron al unísono Avalancha y Joan.

Cuando ya podía distinguir a simple vista los visores frontales del puente, Avalancha hizo presión sobre el disparador. Los lanzadores no funcionaron a la primera, pero ya contaba con eso tras haber visto lo que le sucedía a Coloso. Siguió apretando una y otra vez hasta que el ala-B dejó escapar su carga mortal, doce torpedos de protones, en rápida sucesión. Para entonces, Avalancha se encontraba tan cerca de su objetivo que pudo ver fugazmente a los oficiales imperiales que se encontraban en el puente, levantándose de sus puestos y tratando de ponerse a salvo. Al frente de todos ellos, el capitán de navío Legann abrió la boca para gritar, pero jamás llegó a hacerlo.

Al igual que había sucedido cuando Alce y Granito dispararan contra la *Portcantell*, el poder combinado de los primeros torpedos creó un agujero en el campo de fuerza que protegía al *Disuasor*. El resto de las cabezas de guerra lanzadas por el ala-B rebelde alcanzaron el blanco antes de que los generadores de escudos tuvieran ocasión de volver a cubrir el hueco. Toda la sección del puente de mando desapareció en una tremenda explosión. Temporalmente fuera de control, el destructor estelar empezó a girar lentamente a babor, escorándose hacia ese mismo lado. Sus baterías láser seguían aún haciendo fuego, pero sus disparos se perdían en el espacio. Un agujero humeante en la superestructura, sacudida todavía por explosiones secundarias, era lo único que recordaba dónde se había encontrado el puente principal de la nave. Tarde o temprano, la tripulación recuperaría un control casi total de la nave desde el puente secundario, localizado en el casco principal...

Pero no a tiempo de detener a la *Vigilante*.

Víbora apretó los dientes con la mirada clavada en la entrada del hangar secundario, acercándose a él tan deprisa que apenas era un borrón azulado. "Vamos, vamos... un poco más, por favor..." La fragata estaba iniciando el salto. Sólo tendría una oportunidad. Si fallaba, el Interceptor TIE se estrellaría a toda velocidad contra el casco de la *Vigilante* y reventaría como si fuera un huevo de mynock. El piloto sostuvo la palanca de mandos con las dos manos y vio cómo el umbral iluminado se hacía más y más grande ante sus ojos. Víbora dejó escapar un grito cuando el caza penetró limpiamente en el interior del hangar. Inmediatamente cortó motores y activó los repulsores, pero a pesar de eso su primer contacto con la cubierta de vuelo fue muy violento. Ni siquiera se molestó en abrir el ciclo de aterrizaje. A esa velocidad se habría roto nada más tocar la cubierta, desestabilizando aún más la ya de por sí errática trayectoria de la nave. Víbora se cubrió la cabeza con los brazos y esperó a que el caza se detuviera. Afortunadamente para él, los otros tres Interceptores habían aterrizado en el hangar principal y éste estaba vacío. Rechinando contra las rugosas planchas metálicas que componían en suelo y haciendo saltar una tremenda estela de chispas, el baqueteado Interceptor TIE siguió arrastrándose hasta chocar contra la pared del hangar, conservando todavía una velocidad considerable. Víbora escuchó el estruendo causado por los paneles solares al ser arrancados de cuajo por la fuerza del golpe, y el panelado frontal haciéndose añicos. Sintió como los cortantes fragmentes de transpariacero le

laceraban los brazos, y la pierna derecha se le doblaba en una dirección anormal, en un punto en el que no existía articulación alguna. Además del dolor, lo último que percibió antes de perder el conocimiento fue la familiar sensación en la boca del estómago producida por un salto al hiperespacio. Su último pensamiento fue de alivio.

El ala-B de Avalancha salió de la inmensa bola de fuego provocada por sus torpedos con todos sus sensores definitivamente quemados y sin un solo resto de pintura sobre su casco, pero el resistente y correoso ala-B seguía siendo capaz de volar. Sudando por todos sus poros, la piloto vio cómo la *Vigilante* aceleraba y desaparecía del espacio normal dejando atrás un último fognazo de luz. Avalancha se echó a reír. Se rió a carcajadas, como una loca, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Jamás en su vida se había sentido tan bien. Un momento después también ella saltó al hiperespacio.

[Puente del destructor estelar *Senderis*]

Cuando el capitán de navío Perdiggo comprendió que sus bombarderos no bastarían para impedir que la fragata rebelde escapara, había ordenado que el *Senderis* se uniera al ataque, pero para entonces era ya tarde. Aunque en el momento en el que el *Disuasor* fue alcanzado ya habían empezado a disparar contra la *Vigilante*, estaban aún demasiado lejos como para que sus disparos fueran eficaces. Perdiggo contempló horrorizado como el *Disuasor* se salía de rumbo, sin poder apartar la mirada de su mutilada superestructura. Alguien le informó que la fragata enemiga acababa de saltar al hiperespacio, pero él apenas oyó la voz. Ahora Beroz se empeñaba en presentarle un informe preliminar del resultado de la batalla. Como si le hiciera alguna falta. Perdiggo se esforzó sin embargo por adoptar una pose neutral y mantener una expresión serena mientras escuchaba a su segundo recitar las pérdidas que habían sufrido. Fragata *Portcantell* con daños muy graves, probablemente irreparable. Corbeta rápida *Ursula* destruida, sin supervivientes. Portanaves de escolta *Altaner* destruido. Portanaves de escolta *Richelord* con daños graves. Destructor estelar clase Imperial *Disuasor* con daños graves. Las pérdidas en los escuadrones de caza y bombardeo todavía estaban siendo calculadas, pero eran considerables. Ni una sola nave enemiga había sido destruida, ni una sola capturada, ni un solo rebelde había sido hecho prisionero. Aquello desafiaba a la razón. ¿Cómo podían haber salido las cosas tan mal para ellos y tan bien para los rebeldes? Perdiggo pensó que si el capitán Legann no hubiera estado muerto, ahora estaría oyendo sus recriminaciones. Afortunado Legann. Se hubiera cambiado por él sin dudarle en ese mismo instante.

"Señor," escuchó decir al oficial de comunicaciones, "estamos recibiendo una transmisión desde el *Ejecutor*. Lord Vader quiere saber si la misión ha sido cumplida según lo planeado..."

Beroz parecía de pronto estar muy ocupado contemplando el brillo de la cubierta, al igual que la mayoría de los oficiales del puente, con excepción del encargado de las comunicaciones que le miraba esperando una respuesta. Perdigo tragó saliva.

"Dígale al Ejecutor que el planetoide KS-31 ha sido destruido como nos había sido ordenado. Añada que yo personalmente redactaré un informe completo para enviárselo a Lord Vader."

"Eeeer, enseguida, señor..."

Perdigo caminó hacia uno de los visores y se quedó allí, contemplando el espacio y dándole la espalda a todo el mundo. No podía pensar en otra cosa que no fuera en la máscara siniestra de Darth Vader, en su respiración metálica, que ya creía estar oyendo. En el rostro del capitán Menadi, a bordo del *Formidable*, mientras era estrangulado por sus manos invisibles, suplicando con la mirada que alguien le ayudara, y sabiendo sin duda que nadie lo haría.

En toda su vida, el capitán de navío Perdigo jamás se había sentido tan asustado.

El teniente Hagger dejó escapar una maldición al ver como, una tras otra, todas las naves rebeldes saltaban al hiperespacio dejándole a él y al resto de pilotos imperiales con un palmo de narices. Las lecturas obtenidas por sus sensores demostraban lo cerca que estaban las naves enemigas de quedarse sin escudos, cuan castigados se encontraban sus blindajes, y por tanto, lo poco que faltaba para destruirlos. Cuando las cosas se ponían mal para ellos, los pilotos rebeldes no tenían más que activar sus hiperimpulsores y tener una oportunidad de escapar. Ese ala-B era el último. La batalla había terminado, y no habían conseguido derribar ni a uno solo de ellos. "Menudo desastre, maldita sea," exclamó en voz alta, sin importarle si era escuchado o no a través de las intercomunicaciones. Hagger le pidió a la computadora de vuelo de su Interceptor un informe de daños, y comprobó que había tenido suerte después de todo. Otro impacto más y habría estado frito. Sus compañeros en cambio no podían decir lo mismo. No eran los primeros a los que había visto comprar el billete para el último viaje, y seguramente tampoco serían los últimos. La academia de pilotos de Carida recibía muchas más solicitudes que cadetes podía entrenar, y por sus puertas salían cada tres meses más oficiales de vuelo recién graduados que los que el Imperio necesitaba. Los pilotos no eran por tanto imprescindibles, y eso hacía preferible el seguir fabricando cazas de las series TIE estándar, sin apenas blindaje, sin generadores de escudo ni hiperimpulsores, y por consiguiente económicos y fácilmente reemplazables. La teoría decía que la carencia de escudos obligaba a los buenos pilotos a esmerarse y sacar lo mejor de sí mismos, mientras que los mediocres eran eliminados. La teoría decía también que el no disponer de hiperimpulsores evitaba a los pilotos la tentación de huir en mitad de un combate, como los rebeldes acababan de hacer aquí. Para un piloto de TIE, la victoria era la única forma posible de volver con vida. Aquellos lo bastante buenos como para

sobrevivir a uno o dos años completos en servicio, dependiendo de las veces que hubieran entrado en combate y la cantidad y calidad de los derribos acumulados, tenían la posibilidad de volver a Carida como instructores o reincorporarse a una unidad de combate, para pilotar por fin un caza de asalto o lo mejor de todo, un TIE Avanzado.

Hagger decidió que no tenía razones para sentirse tan mal, a pesar de la pérdida de sus compañeros. Después de todo lo había hecho bastante bien, incluso si no se tenía en cuenta el hecho de que había sido él quien había puesto en evidencia la operación encubierta que estaban llevando a cabo los rebeldes. Las cámaras instaladas en su Interceptor demostrarían que se había enfrentado a un probable as enemigo, pilotando nada menos que uno de esos mortíferos alas-A, y había llegado a ponerle en aprietos. Tendrían que reconocerle eso al menos. Estaba al final de su primer periodo de servicio y en su haber se contaban una docena de victorias. Quizá la próxima vez que se enfrentara a los rebeldes lo haría realmente a bordo de un TIE Avanzado. Hagger sonrió. *Olvidé preguntarle a ese condenado embustero si al menos lo del café coreliano era cierto...*

El piloto imperial puso rumbo al Senderis, dispuesto a no beber más café a menos que pudiera conseguir algo mínimamente digno de ese nombre.

## Capítulo V

[Hangar secundario de la *Vigilante*]

Llamarada fue la primera en llegar hasta lo que quedaba del Interceptor de Víbora, cubierto por la espuma rociada sobre él por los dispositivos antiincendios del hangar. Apenas habían pasado dos minutos desde su terrible aterrizaje cuando ella consiguió abrir a duras penas la deformada escotilla trasera. Después intentó sacar el cuerpo del piloto de la cabina, pero desistió al darse cuenta de que estaba atrapado. Víbora estaba doblado hacia delante, con la cabeza reposando sobre el destrozado panel de instrumentos.

"¡Michael, di algo, por favor!"

Llamarada se introdujo con gran dificultad a través del hueco que quedaba entre el asiento y el tablero lateral izquierdo. Tras liberar el cierre hermético del casco de Víbora, apartó cuidadosamente la mascarilla y levantó sus gafas oscuras. Se quedó prácticamente de piedra al ver una sonrisa pintada en su rostro, aunque eso no terminó de tranquilizarla. Un hilillo de sangre le bajaba por la frente antes de pasar entre sus ojos cerrados. Inclinandose sobre Víbora, poniendo el máximo cuidado en no apoyar ningún peso sobre él, se quitó un guante y colocó la mano sobre el cuello del piloto inconsciente, palpando la arteria carótida. Su pulso era firme. Bajando la mano hasta el pecho, comprobó que su ritmo de respiración era profundo y sostenido. Entonces y sólo entonces, Llamarada dejó escapar un suspiro. "¡Vas a ponerte bien, amigo mío!" Al decirlo en voz alta comprendió que todos sus amigos estaban vivos, que los colonos estaban vivos, y que ella misma estaba viva. Hacía tan sólo unos minutos no hubiera apostado un crédito por ello. *¡Supongo que esto es lo que se siente cuando uno es feliz!*

Antes de volver a salir de la cabina para esperar a que llegara la ayuda que había pedido, le echó un último vistazo a Víbora. El tipo era tan serio algunas veces que la desconcertaba, y otras era de un cínico que ponía los pelos de punta, pero no le cabía duda de que era una buena persona. Lo suficientemente como para haber abandonado una carrera más que prometedora en la Armada Imperial y encontrarse ahora aquí, jugándose la vida con ellos. A Llamarada eso le parecía razón más que suficiente para que alguien le cayera bien. "Dichoso cabeza cuadrada... ¡Casi me dan ganas de perdonarte por la vez que me derribaste!"

La piloto escuchó pasos y volvió la cabeza para ver de quién se trataba. Al comprobarlo le dieron ganas de echar a correr.

"¿Dónde está Víbora? ¿Dónde?" rugió una voz que parecía de trueno. El corpachón de Granito asomó en la entrada del hangar como si fuera el de un bantha desbocado. Se detuvo un instante al ver el Interceptor TIE despanzurrado al final de la cubierta de vuelo, pero un instante después echó a correr con mayor brío aún. A continuación apareció Alce, con aspecto de encontrarse prácticamente sin respiración. Llamarada no pudo dejar de notar el cambio que se registró en su expresión al verla allí, como si se le hubiese



quitado un gran peso de encima. Al momento volvió a ponerse serio, y señaló con la barbilla hacia el Interceptor. Lllamarada le hizo un gesto indicando que las cosas no eran tan graves como parecían.

"¡Eh, tú, ¿me oyes?" gritaba Granito asomado a la escotilla trasera del caza, por la que Lllamarada acababa de volver a salir. "¡O das señales de vida o te hago daño de verdad!"

Lllamarada le dirigió una mirada a Alce, que se encogió de hombros antes de acercarse hasta ellos. Granito parecía fuera de sí. Al parecer, Víbora y él se habían hecho mucho más amigos en el escuadrón Rojo de lo que el poco respeto con el que se dirigía al antiguo piloto imperial hacía suponer. Claro que Granito trataba igual de mal a todo el mundo. Lllamarada no podía evitar sentirse un tanto conmovida ante la preocupación demostrada por el caldaniano, pero temía que las suyas no fueran precisamente las atenciones que precisaba el piloto herido.

"Granito, quizá deberías esperar a que llegara el androide médico..." El otro no dio muestras de haberla oído siquiera. Tras apartar la escotilla que le estorbaba, estaba intentando arrancar el asiento de Víbora de la cabina con sus manos desnudas.

"¡Ten cuidado, Granito!" le gritó Alce tratando de sujetarlo. En esos momentos llegaban ya Iceberg y Sombra con el 2-1B de la enfermería y un par de androides de carga, a los que alguien había considerado prudente volver a activar. Uno de estos últimos iba empujando una camilla flotante, mientras que el otro acarreaba un equipo de soldadura. "¡Vas a matarlo si sigues así!"

"Dadme un caza, por favor..." escucharon mascullar a Víbora. "Recomponed este mismo aunque sea con cinta de embalaje y dejadme volver con los imperiales. Allí estaré más seguro..."

"¡Está bien! ¡Víbora está bien!" exclamó Granito. Para alivio de todos, y especialmente del propio Víbora, dejó de zarandear el asiento.

"Eso es, grandullón," dijo Alce al que los labios empezaban a curvársele en una inevitable sonrisa. "Y ahora deja que estos dos androides hagan su trabajo." Dejando a un lado la camilla, los androides se situaron a ambos lados del grupo de pilotos, esperando pacientemente a que Granito se quitara de en medio para comenzar a desmontar la escotilla y el asiento. En lugar de eso, Granito se dirigió al que llevaba el equipo de soldadura y se lo arrancó de las manos.

"Trae eso aquí, bidón con patas. No me fío de ninguno de vosotros. ¡Cualquiera sabe qué instrucciones os han dejado grabadas vuestros últimos amos!"

"Ambos han pasado los tests, Granito," intervino Iceberg. Yo mismo les eché una mano a los técnicos antes de que tuviéramos que salir."

"Incluso si es verdad eso, ninguno de ellos tiene que enseñarme cómo manejar un soldador Verpine."

Mientras Iceberg levantaba las manos dándose por vencido, Lllamarada decidió que aquel era un buen momento para apartarse. Aquello empezaba a estar atestado. Unos pasos más allá, se unió a Alce, quien estaba usando un intercomunicador para informar al puente sobre lo que estaba pasando.

"¡Me alegro de verte de una pieza!" dijo Alce al terminar.

"Gracias, Lewis," contestó ella con una gran sonrisa. "Yo también me alegro de verte. "

"Ya... Es que, cuando miré hacia atrás y vi que ya no estabas allí, y había un escuadrón entero de Interceptores ocupando tu lugar, realmente temí por ti..."

"Llevas ya una temporadilla por aquí," contestó Lllamarada, dejando que la sonrisa se convirtiera en una mueca. "¿Todavía no te has dado cuenta de que las chicas de este club sabemos cuidar bastante bien de nosotras mismas?" *Eso es, ponte colorado, muchachote.* "Pero siempre es agradable saber que alguien se preocupa por una. Especialmente si se trata de un alto y apuesto piloto de caza como tú." Lllamarada volvió a sonreír, esta vez de forma más intensa aún. El color de la cara de Alce hablaba por sí solo. A ella casi le dio lástima haberse metido de esa forma con él. Estaba a punto de añadir algo más, tal vez de ofrecerle una salida airosa, como dejarle invitarla a una buena cena la próxima vez que bajaran a tierra, por ejemplo, pero los gritos que venían del Interceptor de Víbora le interrumpieron. *Quizás en otro momento...* pensó sonriendo todavía, mientras se daba la vuelta para ver qué estaba pasando a sus espaldas. Sus compañeros habían logrado sacar por fin a Víbora de la cabina del caza, e Iceberg y Granito estaban subiéndolo a la camilla. Era sorprendente la delicadeza que estaba empleando el caldaniano para eso, después de la que acababa de armar. Mientras administraba a Víbora un sedante, el 2-1B instruyó a uno de los dos androides de carga para que llevara la camilla hasta la enfermería. El otro comenzó de inmediato con la tarea de despejar el hangar de chatarra procedente del Interceptor.

"¿Qué os parece si nos volvemos al hangar principal a ver cómo les ha ido a los demás?" propuso Iceberg acercándose con Sombra. "Aquí ya no pintamos nada."

"Os veré allí," medio respondió medio gruñó Granito, sin dejar de vigilar al androide que empujaba la camilla y al propio 2-1B. "Primero me aseguraré de que estos dos saben realmente lo que están haciendo."

"Si vas a la enfermería procura no romper nada..." le dijo Sombra cuando ya se alejaba. Sonriendo aún, cogió del brazo a Iceberg para que esperara un momento mientras Alce y Lllamarada se alejaban por el pasillo.

"¿Qué pasa?"

"No pasa nada. Quería que supieras que aprecio muchísimo lo que hiciste ahí fuera."

"Lo mismo que todos, supongo..."

"No te hagas el loco. Me refiero al final, cuando te quedaste rezagado a propósito para así podernos cubrir a Lllamarada y a mí de los bombarderos. No sé si Lllamarada llegó a darse cuenta, pero yo sí."

"Era lo más lógico, ¿no?" Iceberg se encogió de hombros. "Mi Interceptor estaba a punto de hacerse pedazos de todos modos, así que tampoco se perdía nada si... En realidad lo hice casi sin pensar."

"Gracias."

"De nada." Iceberg sonrió y Sombra le devolvió la sonrisa. Iceberg se sorprendió a sí mismo pensando que Sombra se volvía incluso más guapa cuando sonreía.

Cuando Avalancha, escoltada por Psico, aterrizó en el hangar principal de la *Vigilante*, el ambiente allí era festivo. El Delta Dx9 de Chistes acababa de posarse sobre la atestada cubierta de vuelo poco antes de ellos, y ya no quedaba ninguna nave por recuperar. Colonos, miembros de la tripulación y pilotos andaban de aquí para allá, mezclándose entre sí y abrazándose unos a otros. La agotada comandante del escuadrón Blanco se dejó caer desde la cabina del ala-B hasta el suelo, sin esperar a que Coloso terminara de colocar una escalerilla junto a la nave.

"¿Se puede saber qué está pasando aquí?" le espetó a bocajarro a su más reciente hombre ala. Su tono seco y su expresión seria hicieron que Coloso se retrajera visiblemente, sin saber si seguir sonriendo o no.

"Compréndelo, jefa," dijo el piloto un tanto inseguro. "Estamos todos bastante contentos porque hemos conseguido rescatar a los colonos y no hemos sufrido ni una sola baja..."

"¿No hemos perdido... a nadie?"

"A nadie. Víbora está en la enfermería con una conmoción, una pierna rota y algunos cortes, pero eso es lo peor de lo que el 2-1B tendrá que encargarse."

"Semejante batalla y sólo eso..." Avalancha echó a andar a grandes zancadas camino de un turboascensor y Coloso la acompañó. Psico les seguía unos pasos más atrás. "Perdona, Coloso, supongo que hay razones más que suficientes para montar esta fiesta," Avalancha hizo un gesto con la mano abarcando el tumulto que les rodeaba, "pero es que aún no estamos a salvo. No hemos dejado atrás el sistema de Kessel, y los imperiales podrían interceptarnos en cualquier momento. Busca a Lllamarada y dile que se reúna

conmigo en el puente. Tenemos que verificar si nuestra ruta de escape sigue siendo segura, aunque no tenemos mucho donde elegir..."

"Quizás yo pueda ayudaros," le interrumpió Psico poniéndole una mano en el hombro. Avalancha se detuvo y alzó la cabeza hacia el espía.

"¿Tú? Sí, claro, supongo que tenías alguna ruta prevista para tu salida del planeta. Acompáñame entonces," dijo poniéndose de nuevo en marcha.

Psico la cogió por el brazo haciéndola detenerse. "Espera, Avalancha. Lo que necesitas está ahí," dijo señalando el Delta Dx9 que Chistes había traído de vuelta. La pintura gris oscura aparecía desconchada y ennegrecida en varios puntos, tanto a causa de los disparos que había recibido como de la explosión que lo liberó del rayo tractor del *Disuasor*. Avalancha se quedó mirando a Psico, invitándole a que se explicara. "En la computadora de vuelo del transporte he almacenado una ruta segura a través de las Fauces."

"¿A través de las Fauces?"

Psico se permitió una sonrisa a costa de la sorpresa que expresaban los rostros de Avalancha y de Coloso. "Es una larga historia, ya te la contaré con más tiempo. Esa ruta me salvó la vida una vez, y pensé que podría volver a serme útil."

"¿Y a qué estás esperando entonces, agente secreto de pacotilla? ¡Corre y transmítesela al sargento Rammes, en el puente!"

Psico se quedó un instante petrificado y después echó a correr hacia el Delta Dx9 sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Cuando Coloso se volvió a mirar a su comandante, le pareció que se trataba de una mujer diferente. Con los brazos cruzados sobre el pecho, relajada y de evidente buen humor, Avalancha se reía viendo a Psico correr.

"Incluso los espías saltan cuando escuchan una buena voz de mando. Anda, vamos a reunirnos con los otros." Coloso sonrió y caminó con ella en dirección a un grupo de pilotos que se encontraban no muy lejos de ellos. Llamarada, Iceberg, Sombra y Alce estaban comentando la batalla a voz en grito y con gran profusión de gestos.

"En serio, Llamarada," estaba diciendo Alce, "tenías que haber visto a esa fragata después de que hicieran blanco nuestros torpedos..."

"¡Ya lo creo que sí!" exclamó Granito uniéndose en ese momento al grupo. "¡Aún tenía motores, pero muuuuuy poco más!" Un coro de risas celebró la frase.

"No deberíais estar tan orgullosos de esos lanzadores vuestros," dijo Coloso al llegar hasta ellos. "Estamos con vida de puñetera casualidad, porque con la chapuza que hicisteis, los torpedos lo mismo podían habernos explotado en la cara." Coloso tuvo que salir corriendo para evitar ser alcanzado por los dos

cascos que fueron lanzados hacia él al mismo tiempo por sus indignados propietarios. Avalancha soltó una carcajada y siguió caminando. Un poco más allá, Chistes, Lince y Ángel estaban siendo besadas y abrazadas por lo que parecían ser los trescientos colonos de KS-31 al completo. Cerca de ellas, Psico se bajaba del Delta Dx9 y le hacía una señal con el pulgar, indicándole que su ruta milagrosa ya había llegado al puente. Encontrando un hueco entre la multitud que la rodeaba, Chistes llegó hasta Psico y le hizo agacharse para plantarle un beso en la mejilla. Avalancha se preguntó si eran imaginaciones suyas, o si estaba en lo cierto al pensar que el joven que se encontraba detrás de Chistes se había puesto lívido al mismo tiempo que Psico enrojecía. La comandante se rió para sí y se fue en busca de un lugar más tranquilo para sentarse a descansar un rato. Un rincón despejado en la parte más alejada del hangar, detrás de un contenedor de suministros, le pareció el sitio perfecto.

Avalancha se dejó caer pesadamente al suelo y apoyó la espalda en el contenedor, cerrando los ojos. Qué cansada se sentía. Y extraña también, como si le faltara algo... *Es Joan, me falta Joan*. En algún momento, después de que ambas consiguieran neutralizar al *Disuasor*, la Dama Jedi había salido de su interior, pero hasta ahora no se había dado cuenta.

Y sin embargo, Joan no estaba lejos. En realidad, sentía su presencia muy cerca...

"¡Lo conseguiste, amiga mía!"

"No habría podido hacer nada sin ti," respondió Avalancha dejando escapar un suspiro. "Ni tampoco sin mis pilotos, y esta maravillosa tripulación..." Avalancha cayó en la cuenta de que estaba hablando con Joan en voz alta, y se preguntó por qué.

"Porque me has escuchado no con tu mente, sino con tus oídos."

Avalancha abrió los ojos sobresaltada y entonces la vio, de pie frente a ella. La misma cara que recordaba haber contemplado al mirarse en el espejo durante algo más de un año, aunque sabía que esos recuerdos pertenecían en realidad a Joan. Estaba tal y como la recordaba, con el cabello rubio cayéndole descuidadamente sobre la frente, dándole aspecto de niña buena pero un poco traviesa, vistiendo un gastado mono de vuelo naranja oscuro, con el símbolo del escuadrón Milagro cosido en la manga. Su imagen era ligeramente transparente, como si fuera un fantasma. Rodeada de luz, como si fuera un ángel. *Seguramente eres ambas cosas*. Joan se echó a reír.

La dama Jedi se sentó en el suelo enfrente de ella. Seguramente ni estaba realmente sentada allí ni tenía por qué aparecer vestida de esa forma, pero todo ello ayudaba a que Avalancha se sintiera más cómoda. "Tienes razones para hablar maravillas de tu gente. La tripulación de esta nave es de lo mejor que he visto, y tus pilotos son todos increíbles," dijo Joan. "Los habría aceptado a todos en el escuadrón del Milagro con los ojos cerrados."

Avalancha le devolvió la sonrisa. "Eso es todo un halago viniendo de ti." Permaneció callada durante unos instantes, contemplando la imagen de Joan ante ella. Tenía tantas cosas que preguntarle... Joan lo sabía, por supuesto, y si estaba allí, debía significar que este era un buen momento para hablar. La dama Jedi asintió con la cabeza. *Pregunta y te responderé.* Avalancha respiró profundamente y decidió empezar por la cuestión que había dejado en el aire, ¿cuándo? Tan sólo unas horas antes, no podía ser más, pero sin duda parecía una eternidad.

"¿Por qué me escogiste, Joan?"

La Dama Jedi la miró a los ojos por un momento, enarcando levemente las cejas, como si estuviera pensando por dónde empezar. Entonces empezó a hablar.

"El dolor y la injusticia me trajeron de vuelta. A mí y a algunos otros. Hubo grandes perturbaciones en la Fuerza cuando el Emperador y su mano derecha, Darth Vader, empezaron a masacrar a los Jedis, pero lo peor fue cuando destruyeron Alderaán..." Joan volvió a detenerse, con la voz quebrada por la tristeza. Avalancha creyó comprenderla, sin necesidad de que Joan se explicara, pero ella lo hizo a pesar de todo. "Alderaán, sí, el planeta al que quise ayudar hace ya tantos años. El lugar donde mi vida cambió para siempre, y donde comencé a ser de verdad yo misma. El mundo en el que renació la esperanza, en un momento en el que parecía perdida, destruida por la violencia, la ambición, la mezquindad y el miedo..."

"Un lugar cuyas gentes alcanzaron tal nivel de civilización," continuó Avalancha, "que después de tu tiempo, decidieron renunciar para siempre al uso de las armas..."

"... confiando en que su pacifismo ejemplar se extendiera a otros sistemas estelares, y que la guerra terminara convirtiéndose en algo perteneciente al pasado."

"Un planeta que fue capaz de creer en la utopía..."

"... y de vivir conforme a ella. Sí." Avalancha percibió el dolor de Joan como si fuera suyo, recordando lo que había sentido ella misma cuando sucedió lo impensable, y Alderaán fue convertido en cenizas por la Estrella de la Muerte del Emperador. Hacía de eso menos de un año, y para la Alianza Rebelde significó el punto de no retorno. Para Avalancha y para todos los seres inteligentes que formaban parte de la Rebelión, era preferible perecer a permitir que un Imperio que era capaz de cometer un crimen semejante siguiera existiendo. *O ellos o nosotros*, pensó Avalancha, y Joan asintió lentamente pero con firmeza, al tiempo que volvía a hablar. "La conmoción en la Fuerza fue tan intensa y desgarradora que todos nosotros, seres sensibles a ella que habíamos abandonado este plano de la existencia cuando a cada uno nos llegó la hora, la sentimos. Supe que tenía que volver. Volver para hacer todo lo que estuviera en mi mano por ayudar. He estado aquí y allá, intentando motivar

esta Rebelión vuestra dondequiera que encontraba a un ser sensible a la Fuerza. Es un empeño en el que no estoy sola, es todo cuanto puedo decirte."

"El asesinato de los colonos habría sido una atrocidad, una injusticia tan grande como la sufrida por el pueblo de Alderaán. Igual que entonces, el Imperio no tenía ninguna razón, ni la más pequeña, que justificara el asesinar de esa forma a los habitantes de KS-31. Se trataba sólo de crueldad, de maldad fría y pura. Ese Lord Vader y su Emperador Palpatine son... monstruos. Peores aún de lo que fue Calhuch, más inteligentes y más despiadados. Yo quería impedir que mataran a los colonos, pero no podía hacerlo por mí misma, y no tenía a quien recurrir... Hasta que te percibí a ti. No fue sólo el que tuvieses una considerable sensibilidad a la Fuerza, lo cual me permitiría comunicarme contigo. Tampoco el que estuvieras en el sitio justo en el momento exacto, aunque todo eso ayudó. Al encontrarte, descubrí que odiabas la injusticia tanto como yo, y que habías comprometido tu vida a luchar contra ella. Supe también que deseabas con todas tus fuerzas hacer algo por los colonos. En el fondo de tu corazón, estabas más que dispuesta a sacrificar tu vida si era necesario. Era el miedo a sacrificar también las de tu gente lo que te retenía. Para decidirte, tan sólo necesitabas creer que teníais una oportunidad de éxito, algo que quizá yo pudiera darte." Joan sonrió al tiempo que se encogía jovialmente de hombros. "Por si todo eso fuera poco, además eras piloto de caza, una comandante de escuadrón, como yo lo fui, y todo junto hizo que me sintiera inmediatamente identificada contigo.

"No obstante, la misión iba a ser tan difícil que no bastaría con darte un pequeño empujón, como había hecho otras veces, y ayudarte después sin que tú lo supieras, dentro de mis posibilidades. Sabía que iba a hacer falta algo más, y entonces caíste herida. Me acerqué a ti con la intención de acelerar tu curación, con el fin de que te recuperaras a tiempo para salvar a los colonos. Estaba prácticamente convencida de que sin ti no habría misión de rescate, aunque la iniciativa que mostraron después tus pilotos superó todas mis expectativas." Avalancha sonrió complacida. "Al tocar tu mente, sentí el repentino impulso de compartir mi vida pasada contigo, contarte mi historia y permitirte decidir si había algo en ella que pudiera ayudarte. Ahora sé que aquello estuvo bien, y que probablemente la Fuerza guió mis pasos. No, Sherry, no me equivoqué contigo. La Fuerza no se equivocó."

"Gracias, Joan. Muchas gracias."

"Gracias a ti, mi querida amiga. Yo sí que no lo habría logrado sin ti."

Avalancha sonrió antes de cerrar los ojos de nuevo. Quería preguntarle más cosas a Joan, pero le costaba trabajo permanecer despierta. Sentía que necesitaba descansar aunque sólo fuera un momento...

Después de buscarla por todas partes, Lllamarada la encontró cinco horas más tarde, profundamente dormida en el suelo detrás del contenedor en el que se había apoyado.

[Superdestructor Estelar *Ejecutor*, aposentos privados de Lord Vader]

"Disculpas aceptadas, capitán de navío Perdigo," dijo el último Señor de los Sith dejando caer su mano derecha, que hasta ese momento había sostenido en alto, sobre el amplio reposabrazos de su sillón de mando. Frente a él, el más reciente capitán del destructor estelar *Senderis*, al mando de la flota combinada enviada al sistema Kessel, se desplomó inerte en el suelo. Una expresión de terror se había quedado congelada en su rostro. Sus ojos seguían abiertos, pero ya no había vida en ellos.

Dos soldados de asalto, pertenecientes a la escuadra de élite asignada permanentemente al servicio directo de Darth Vader, se acercaron para llevarse el cuerpo, pero el Señor Oscuro lo previno con un gesto imperativo de la mano.

"Déjelo ahí. Ya se lo llevarán más tarde. Ahora quiero estar solo."

Los dos soldados asintieron respetuosamente y abandonaron la sala. Cuando el eco de sus pisadas se desvaneció, Vader apretó un botón en el reposabrazos y el holo-proyector instalado en el techo de la cámara cobró vida. Había observado esas grabaciones muchas veces, pero aún las encontraba interesantes.

Tenía que haber supuesto que los rebeldes intentarían algo así. Ellos siempre hacían esta clase de heroicas estupideces, pagándolo con la vida muchas veces, pero consiguiendo en otras aquello que parecía imposible. Y ahora habían vuelto a hacerlo otra vez... A pesar suyo, Vader sonrió bajo su máscara. *Qué valor*, pensó para sí. *Qué temeridad ir allí y plantar cara a semejante fuerza enemiga tan sólo para rescatar a un grupo de piojosos colonos*. Durante un instante admiró a los rebeldes. Él había sido como ellos hacía mucho tiempo, casi más un piloto que un Jedi, joven e idealista, empeñado en salvar a la galaxia desde la cabina de su caza...

Vader se interrumpió a sí mismo con ira. Últimamente había estado pensando demasiado en los viejos tiempos. Sí, desde que se enteró de que tenía un hijo, y de que había sido precisamente él el piloto que había destruido la Estrella de la Muerte con sólo dos torpedos de protones. El Emperador tenía razón. Su hijo era peligroso, muy peligroso. Incluso tan asustado como estaba la última vez que lo había visto, herido e indefenso en lo alto de esa plataforma en Bepin, había tal desafío en su mirada... Algo había despertado en su interior en esos instantes, sentimientos y inquietudes que creía largamente olvidadas, pero al parecer eso no era del todo cierto. Esas emociones eran tímidas, casi ridículas e insignificantes, pero estaban allí. Debía tener mucho, mucho cuidado, y no permitirle al Emperador notar este cambio... Vader se revolvió en el asiento, inquieto y disgustado, furioso consigo mismo. *¿Cambio? ¿Qué estoy pensando? No hay ningún cambio, ninguno en absoluto. Si Luke lo cree así, muy pronto comprenderá cuál es el verdadero poder del Lado Oscuro. Sí, en cuanto volvamos a vernos...*



El señor de los Sith se deshizo de sus molestos pensamientos y volvió a concentrarse en el holograma. Estaba llegando a la mejor parte. Reclinándose hacia delante con interés, contempló una vez más cómo el ala-B rebelde penetraba en el portanaves de escolta y volvía a salir poco después, incólume tras haber herido de muerte a la nave capital. Vader hizo saltar la grabación unos minutos, seleccionando un punto de observación diferente. Ahí estaba, el mismo ala-B, lanzándose en solitario contra el *Disuasor*. Había estudiado esta parte varias veces, a cámara lenta y desde múltiples ángulos. Había algo sobrenatural en la forma en el que el cazabombardero rebelde evitaba los disparos, y en la exactitud mortal en el lanzamiento de sus torpedos. El único modo en el que alguien podía haber hecho algo semejante era mediante el uso de la Fuerza. Vader se había sentido excitado con la idea de que ese piloto pudiera ser su hijo, pero el personal de Inteligencia la había identificado como una tal comandante Sherry Krenzel. Krenzel había estado al mando del tristemente famoso escuadrón Mantiss, y era una de las pocas pilotos que sobrevivieron a su destrucción. Sí, esa mujer conocía la Fuerza. Sin duda, la había utilizado para engañar a los capitanes Perdigo y Legann, pues de otra forma no encontraba explicación a su estupidez. Vader miró de reojo al cuerpo que yacía a sus pies. *Ni siquiera tú podías ser tan idiota*. El Señor Oscuro reflexionó, no por primera vez, sobre aquel descubrimiento. Para ser capaz de ejercitar la persuasión a distancia sobre dos o más personas, y pilotar además un caza de la forma que acababa de ver, esa Krenzel tenía que tener un considerable dominio sobre la Fuerza. Al parecer, su hijo no era el único Jedi en potencia de la galaxia. *Ya le dije a Palpatine que no podríamos exterminarlos por completo, pero prácticamente se rió de mí. No debería subestimar a los Jedi, ni tampoco a mí. Quizás ése termine siendo su gran error. Mantendré un ojo sobre esa piloto, sin descartar la posibilidad de que surja alguno más. Además de Luke, también puedo encontrar una utilidad para otros... aspirantes*. Vader hizo retroceder la grabación y se dispuso a revisar otra vez las escenas finales de la batalla.

"Impresionante, joven Krenzel, francamente impresionante..."

## Capítulo VI

[A bordo de la fragata del escuadrón Blanco, rebautizada *Joan d'Arc*. Una semana después de la batalla en torno a KS-31]

El hangar principal volvía a ser una auténtica locura. Desde donde se encontraba, Avalancha podía ver grupos de colonos andando de un lado a otro, repitiendo la ordalía de besos y abrazos de hacía una semana, pero en esta ocasión a causa de su despedida. Para ellos había llegado el día y la hora de su partida, y ésa era la razón principal del caos monumental que reinaba en toda la nave, pero especialmente allí, en el hangar. Algunas de las familias volverían a sus planetas de origen, pero una buena parte habían expresado su deseo de permanecer juntos y probar suerte en otro lugar. La Alianza les había encontrado un lugar en el cinturón de asteroides de Korpil, cerca de las colonias Verpine donde se había llevado a cabo en el mayor de los secretos el proyecto Shantipole para la fabricación del ala-B. Además de presentar condiciones de habitabilidad semejantes a KS-31, si no mejores, en el nuevo asentamiento estarían mucho mejor protegidos. En caso de necesidad, los propios Verpine estarían encantados de prestarles su ayuda. Había, no obstante, un grupo de personas que no harían ni una cosa ni otra. A Avalancha le parecía especialmente significativo y, por qué no, también un motivo de orgullo, el que varios de los colonos de KS-31 hubieran solicitado su ingreso en la Alianza Rebelde, con la intención de recibir entrenamiento técnico y militar y convertirse en soldados u oficiales tan pronto como les fuera posible. Alvar Parix, quien le había sido presentado por Chistes, era el más joven de todos ellos. El más viejo era un tal Tol Finemar, aunque en su caso, no estaban muy seguros de qué hacer con él.

Había otras cosas que también habían salido mejor de lo que cabía esperar, aunque no a la perfección. El Alto Mando Militar de la Alianza había decidido hacer la vista gorda en lo referente a la manifiesta desobediencia de Avalancha al emprender el, a priori, descabellado intento de rescate. La razón principal para mirar hacia otro lado cuando los informes oficiales mencionaban la particular rebelión de la comandante del escuadrón Blanco era, por supuesto, que el salvamento había sido un completo éxito. Era un secreto a voces que no pocos de los almirantes y generales que formaban parte del Alto Mando se sentían más que satisfechos y aliviados de que alguien hubiera intentado salvar a los colonos, aún a costa de desobedecer las órdenes que ellos mismos habían impartido. Avalancha suponía que, después de todo, esas órdenes habían sido dadas con la cabeza, pero no con el corazón. Tampoco se podía desdeñar el hecho de que el rescate había llevado aparejado una victoria impresionante sobre la Armada Imperial, que contribuiría a incrementar el prestigio militar de la Alianza, así como la moral entre sus propias filas. La valerosa acción del escuadrón Blanco y de la tripulación de la *Vigilante* era puesta ya como ejemplo por Mon Mothma, líder político de la Alianza, para convencer a los representantes de sistemas planetarios neutrales hasta el momento acerca de cuál era "el auténtico espíritu de la Rebelión". Avalancha lo sabía por boca de la propia Mon Mothma, que le había enviado sus felicitaciones personales y había aceptado todas sus peticiones, incluyendo la promoción del sargento Rammes a Teniente, condecoraciones y menciones de

honor para varios de sus pilotos, y la oficialización del nuevo nombre para la fragata: *Joan d'Arc*. Al tratar ese último punto, Mon Mothma había demostrado ser mucho mejor estudiante de Historia que ella, recordando bastantes más detalles sobre la vida y hazañas de la Dama Jedi de los que Avalancha sabía antes de su particular encuentro con ella.

Lo único que estropeaba en parte todo aquello, era que le habían llegado rumores de que el Alto Mando había decidido también tomar medidas para hacerle abstenerse de cometer nuevas "imprudencias". La principal de ellas tenía rango, nombre y apellido: capitán de fragata Rahne Orris, designado como nuevo comandante de la *Joan d'Arc* y, por añadidura, como superior inmediato de Avalancha. Orris tenía fama de ser un hueso duro, de no pasar por alto insubordinaciones ni excesos de iniciativa, y de seguir al pie de la letra las órdenes del Alto Mando. Avalancha frunció el ceño al pensar en que a partir de ahora iba a tener que dar explicaciones antes y después de cada misión, acostumbrada como estaba a operar con casi total independencia. Por otro lado, lo que había oído decir de Orris incluía que era un gran táctico, y que su habilidad gobernando una nave en el combate rozaba la genialidad. *En fin, no tendré que esperar mucho para conocerlo...* La lanzadera que traía a bordo al nuevo capitán acababa de acoplarse al casco exterior de la *Joan d'Arc*, por falta de espacio en el hangar. En teoría, de un momento a otro podría pasarse por allí, y eso hacía que la tripulación se afanase más de la cuenta intentando acelerar la operación de desembarco de los colonos. Los oficiales de cubierta se desgañitaban intentando que cada uno subiera al transporte que le correspondía, mientras que los técnicos tropezaban unos con otros en su prisa por reaprovisionar las naves para el viaje y revisar sus sistemas antes del despegue.

Por si la marcha de los colonos y la llegada del nuevo capitán fueran poco, los pilotos de refresco para el escuadrón acababan también de presentarse a bordo de sus propias naves. El recién ascendido Rammes las había acoplado a todas en el hangar secundario, aprovechando que dos días antes se habían llevado a los Interceptores TIE que lo habían ocupado. Los nuevos miembros del escuadrón eran cinco humanos varones y una mujer Twilek. Avalancha acababa de conocerles. Media docena de jovencitos decididos a dar lo mejor de sí mismos por el escuadrón y por la Alianza Rebelde. Todos empezarían formando parte de la nueva Ala de Entrenamiento que se había creado en el seno del escuadrón, aunque para algunos de ellos, pilotos veteranos a pesar de su juventud, su paso por la misma sería un simple formalismo y estarían volando inmediatamente con el grupo principal. Alce sería el oficial al mando, y también el principal encargado de la instrucción. Avalancha sonrió al pensar en que tendría que darle algunas clases a Chistes y al imposible Granito, que aún no estaban graduados en el ala-A. Afortunadamente, era de esperar que ninguno de ellos fueran alumnos de Alce por mucho tiempo, o lo volverían loco entre los dos. Alce había prometido descorchar una botella muy especial, recuerdo al parecer de sus días en Infantería, durante la fiesta que seguiría a la ceremonia "oficial" de creación del Ala de Entrenamiento. *Miedo me da la fiestecita*, pensó Avalancha entre divertida y preocupada. *Han tenido toda una semana para prepararla y me puedo encontrar cualquier cosa. En fin, antes de nada tendremos que despejar este lío.*

Encogiéndose de hombros, Avalancha se acercó hacia los transportes en los que estaban embarcando poco a poco los colonos. Varios de sus subordinados se encontraban ya allí, despidiéndose de ellos.

"Voy a echarte de menos, Diana," le estaba diciendo Alvar Parix a Chistes.

"Lo mismo digo," contestó la piloto sonriendo. "Lo vas a hacer divinamente en la Infantería, ya lo verás. Y si te cansas algún día de patear barro y polvo, ya sabes, siempre puedes solicitar un traslado a la flota, o incluso al cuerpo de cazas, como cadete. Si te decides, no dejes de llamarme."

"Te llamaré de todas formas, haga lo que haga." Alvar la abrazó y la besó antes de que ella tuviera ocasión de escabullirse. Tampoco es que ella hiciera un esfuerzo terrible por apartarse. El ex-colono se separó de ella sin decir nada más, subió corriendo a la lanzadera y le dijo adiós con la mano antes de desaparecer en el interior. Chistes se quedó de pie sobre la cubierta, mirando ensimismada cómo se alzaba la rampa de acceso.

"¿He visto lo que creo que he visto?" preguntó Lince detrás de ella.

"Eso depende de lo que creas haber visto," respondió Chistes de forma evasiva.

"¿Cuántos años tiene Alvar? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho?"

"Le faltan dos meses y medio para cumplir diecinueve."

"Huy, huy, huy... ¿tienes algo que contarme?"

"Menos de lo que crees, so chismosa. En todo caso ya te lo diré cuando le haya echado un par de tragos a la famosa botella de Alce. Ah, hola, Sherry."

Avalancha notó divertida que Chistes estaba realmente agradecida por la interrupción. "Hola Chistes. Lince. ¿Sigues en pie tu petición de traslado?"

Chistes se quedó mirando a Lince con la boca abierta cuando la vio asentir con la cabeza.

"¿Traslado?"

"Sí, al servicio de Búsqueda y Rescate. Me parece que voy a seguir pilotando lanzaderas a partir de ahora."

"¿Pero por qué?"

"Sencillamente, creo que no tengo lo que hay que tener para ser piloto de caza. Casi me derrumbo cuando volvíamos con los colonos..."

"¡Qué tontería! Un ataque de nervios lo tiene cualquiera. ¡Fíjate yo, que hasta me olvidé de programar las coordenadas de salto!"

"Lo hiciste muy bien cuando las dos nos enfrentamos a esa patrulla imperial," intervino Avalancha.

"No digo que no pudiera seguir volando con vosotras por un tiempo, pero a la larga sé que me desmoronaría. No es que en Búsqueda y Rescate no vaya a correr riesgos, puede que a veces incluso más, pero creo que encajaré mejor allí, de verdad."

"Sentiremos que te vayas, Lince," dijo Avalancha. "Ahora discúlpame las dos, tengo que hacer un par de cosas todavía antes de que aparezca el nuevo mandamás."

Lince y Chistes se despidieron y Avalancha retomó su camino. Antes de alejarse lo suficiente, no pudo dejar de escuchar como Lince esquivaba las preguntas de Chistes acerca de su decisión, y se empeñaba en retomar la conversación en el punto en el que estaba cuando ella llegó.

"Te has cortado el pelo, ¿verdad? Ahora tienes un aspecto más... sofisticado. ¿Qué le pareció a Alvar?"

"Acabo de decidir que no te voy a contar ni una sola palabra. Ni siquiera después de beberme la botella de Alce entera."

"Oh, Diana, por favor, por favor..."

Avalancha soltó una carcajada mientras dejaba atrás a las dos amigas. Tuvo una nueva ocasión de reír cuando vio al resto de sus pilotos. Salvo Psico, que se había marchado al poco de que cruzaran la Fauces, todos estaban en el hangar, y al parecer de un humor excelente. La relativa excepción podría ser Víbora, quien no lejos de allí se afanaba intentando recuperar sus muletas. Ángel y Sombra se las habían cogido y estaban utilizándolas para jugar a una especie de hockey, con una caja de cartón como improvisado disco. Granito y Iceberg acababan de incorporarse al juego, para desesperación de Víbora. A pesar de todo, el antiguo piloto imperial tenía un aspecto mucho más relajado de lo que había sido habitual en él desde que se incorporara al escuadrón. Casi parecía contento, como si sintiera que empezaba a encajar en el grupo. Avalancha se alegraba sinceramente de eso. Una preocupación menos. Un poco más allá, Alce y Llamarada conversaban animadamente, ajenos al tumulto que les rodeaba. En el tiempo que hacía que la conocía, Avalancha no había visto nunca a su oficial ejecutiva coquetear con nadie de un modo tan descarado. Casi se atrevería a decir que el amor estaba en el aire...

*Todos ellos están bien, pensó abandonando el hangar sin rumbo fijo, decidiendo que el follón que dejaba a sus espaldas terminaría arreglándose solo. Rescatamos a todos los colonos y no perdimos a ninguno. Fue de verdad un milagro...*

"Esa parece haber sido mi especialidad toda mi vida," dijo a su lado una voz conocida.

"¡Joan! Debes dejar de aparecer así, de repente, o vas a provocarme un ataque cardíaco uno de estos días!"

La translúcida y brillante figura se echó a reír, aunque enseguida adoptó una expresión más seria. "No tendrás que preocuparte más por eso. He venido a decirte adiós."

Avalancha suspiró, sintiéndose repentinamente muy triste. "Sabía que sucedería más pronto o más tarde, pero esperaba que te quedases cerca de mí algo más de tiempo. Hay tanto todavía que podrías enseñarme..."

"Ya sabes todo lo que necesitas, amiga mía. Simplemente, sigue trabajando tus habilidades."

"Me da un poco de miedo hacerlo sola. ¿Qué pasa con el Lado Oscuro?"

"El Lado Oscuro, sí." Joan asintió sin dejar de mirarla. "Mi experiencia con él también es la tuya. Acuérdate de lo que decía Yoda: el miedo, la ira, la agresividad, el Lado Oscuro ellos son. Piensa las cosas con la cabeza, pero deja que tu corazón te guíe para hacer lo que es más correcto en cada caso. ¿Te has preguntado cuántas personas murieron a bordo de las naves imperiales que destruisteis o dañasteis para salvar a los colonos?"

Avalancha se quedó paralizada por un instante. "No, no lo he hecho."

"Más de cuatro veces el número de personas que rescatasteis. ¿Todavía piensas que hicisteis bien al salvarlos?"

"Sí," contestó Avalancha enseguida. "Aunque el saber que matamos a tantos no me hace sentir nada bien, tengo que admitirlo."

"Ése es el sentimiento correcto. Como ves, el bien y el mal no son una cuestión de matemáticas. Mientras seas capaz de distinguir entre el uno y el otro, mientras evites utilizar la Fuerza para salirte siempre con la tuya, estés en el lado que estés, no correrás peligro de caer en el Lado Oscuro."

"Dicho así casi parece sencillo, aunque sé que no lo es."

"No, no lo es, pero hasta ahora lo has hecho muy bien."

Avalancha se quedó mirando a su amiga, intentando retener cada detalle en su memoria, aunque estaba segura de que jamás podría olvidarla. A pesar del uniforme de combate que había elegido para aparecérsele, y del aspecto sobrenatural que le daba el aura brillante que la rodeaba, Joan seguía pareciendo la misma muchacha que era cuando se marchó de Gerillia. *Es tan extraño verla tan joven y saber que es tan vieja en realidad...* Joan volvió a

reírse. "No puedo ocultarte ni uno solo de mis pensamientos, ¿eh? Voy a echarte mucho de menos, Joan."

"Yo también a ti. Pero no tienes que pensar que me voy para siempre. Nadie se va para siempre."

"Eso me recuerda algo más que quería preguntarte." Avalancha tragó saliva. "En realidad, no sólo te echaré de menos a ti. Por extraño que parezca, echo de menos al almirante Rickermoon, a Trillian y a los demás, a Yoda... y sobre todo a Tobb. Sí, me acuerdo mucho de él. No me mires así o me sonrojaré..."

"Supongo que es natural. Cuando decidí compartir mis experiencias contigo, en realidad no imaginé hasta que punto iba a unirnos eso."

"Pues ya lo ves. Mira, lo que quería preguntarte... En fin, si seguro que ya me lo estás leyendo en la mente. Lo que quiero saber es si... ¿Volviste a verles en... tu otra vida?"

"Yo estoy aquí, ¿no es así? ¿Necesitas algo más para creer en fantasmas?"

"Oh, vamos Joan, no me tomes el pelo. Te lo estoy preguntando muy en serio."

Joan asintió. "Lo sé." Avalancha le devolvió la mirada en silencio por algunos instantes, esperando y confiando que le dijera algo, aunque Joan parecía estar dudando si hacerlo o no. Al final pareció decidirse por una respuesta ambigua. "Yoda aún vive. Respecto a los demás, no puedo responderte, Sherry. La falta de certeza sobre qué hay después de la muerte es algo con lo que todo el mundo tiene que vivir."

"Pero tú estás aquí, como acabas de decir..." insistió Avalancha.

"Mira que eres cabezota, comandante," Joan se rió. "En el fondo no necesitas que te responda a tu pregunta, ¿no es así?"

Avalancha volvió a suspirar. Estaba segura de que Joan no le iba a dar una contestación clara, y sin embargo, esa mueca traviesa de su amiga, casi burlona, podía considerarse como una respuesta en sí misma.

"Sí, supongo que sí," dijo al fin devolviéndole a Joan la sonrisa.

"En ese caso, creo que es hora de que me marche..."

"¡Espera, tengo otra! ¡Sólo una pregunta más!"

Joan soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás de un modo tan natural que a Avalancha le resultó difícil creer que no estuviera allí físicamente. "Dispara."

"¿Qué pasó después? Quiero decir, después de que murieras. Ya sabes, la guerra con los bretalianos y todo eso..."

"Eso no es una pregunta, Sherry, me estás pidiendo que te escriba un libro, y eso ya lo han hecho otros por mí. Está todo en los textos de Historia, amiga mía. Léelos. Ahora tengo que ir a ver a otro viejo amigo, uno al que hace mucho que le debo una visita."

"Adiós, Joan."

"Adiós Sherry. Que la Fuerza te acompañe. Por siempre."

"Y a ti también..."

La imagen desapareció como si Joan nunca hubiera estado allí, y Avalancha dejó escapar su tercer suspiro, éste de resignación. "Muy bien, tendré que ver esos libros, los registros históricos de la computadora o lo que sea." Nada más decirlo miró a su alrededor, dándose cuenta de que si alguien se acercaba pensaría que estaba hablando sola. *Y eso no sería nada bueno para mi reputación como comandante.* Riéndose de sí misma, se puso en camino hacia su camarote. Desde su consola podría acceder a todos los documentos almacenados en los bancos de datos de la nave, donde seguramente podría encontrar lo que buscaba. *A lo mejor también encuentro algunas imágenes para enseñárselas a los chicos. No sé cuánto de todo esto les voy a contar, pero sí que me gustaría que supieran algo de Joan. No, tendré que contarles la historia completa, aunque me tomen por chiflada. Es justo que sepan lo que ella ha hecho por nosotros... Sí, lo de las imágenes puede ser buena idea. A ver si hay alguna en la que se vea el caballo alado del escuadrón Milagro. Quedaría precioso en el casco de esta nave, aunque una cosa es segura: no voy a pintarlo yo misma...*



## Capítulo VII

[Pantanos de Dagobah]

Yoda pasó la mano suavemente sobre la caja, deteniéndose un rato sobre los nudos y rugosidades de la madera apenas trabajada. Según le habían contado, la original, depositada en un museo de Coruscant, estaba hecha de plata y era una auténtica obra de arte. Pero para Yoda no había arte mayor que el de la propia Naturaleza, así que estaba seguro de preferir ésta, basta y sin adornos, pero que retenía aún una parte de la esencia del árbol al que un día perteneció. Lo que estaba haciendo era ya como una ceremonia, una que el viejo maestro llevaba a cabo de vez en cuando, desde hacía casi ochocientos años. Yoda abría esa caja cada vez que le daba por recordar. Al hacerlo ahora, contempló largamente el objeto que había dentro antes de cogerlo en su mano. Un sable láser de sencilla pero cuidada factura. El sable láser del maestro Jonderiis. El sable láser de Joan d'Arc.

*Ah, Joan, mi dulce Joan.* Cómo había querido Yoda a su jovencita, como a él le gustaba llamarla. Cómo la quería todavía. Como si hiciera apenas un momento desde que se había separado de ella. *Joan, mi dulce Joan...* Todo lo que sucedió antes, durante y después de aquellos días volvió a él, como siempre sucedía cada vez que tocaba ese viejo sable.

Yoda lo robó de los aposentos de Calhuch antes de escapar de la fortaleza de Compadigne. Jamás había pensado que el hacerlo le resultaría tan fácil. Siempre había temido que lo atraparan, ser sorprendido en el acto por Calhuch o por alguno de sus discípulos. Que lo encerrarán en una de las celdas y luego tiraran la llave. Que le sometieran a todo tipo de humillaciones. Pero Yoda había aprendido la lección, la que en su caso era más importante que ninguna otra. Su queridísima Joan se la había enseñado con su ejemplo. *El tamaño no importa, nada en absoluto.* Qué simple y qué fácil era cuando por fin lo comprendías. La Fuerza era la misma, fueras grande o pequeño. Si ella era tu aliada, todo estaba a tu alcance, siempre que pusieras en ello todo tu empeño y estuvieras dispuesto a asumir los riesgos. A sacrificarlo todo si eso era lo que hacía falta. La fuerza de voluntad era lo que contaba. Voluntad para defender las causas justas, para hacer lo que sabes que debes hacer, aunque para ello tengas que dar tu vida. Joan se había enfrentado a un dolor terrible, más allá de lo que ningún ser que no fuera sensible a la Fuerza podía entender. En algunos momentos se había sentido asustada, claro que sí. Yoda lo había percibido. Pero se había enfrentado a su miedo y lo había vencido. Ni un solo instante había puesto en duda qué era lo que tenía que hacer. Había entregado su vida para destruir el mal que representaban Calhuch y los suyos, y acabar con la guerra misma.

Yoda se prometió a sí mismo que Joan no habría muerto en vano.

Empezó a usar sus habilidades de un modo en el que nunca hasta entonces se había atrevido. Las empleó para saber a qué personas debía dirigirse en cada momento sin necesidad de preguntar, para distinguir en quién podía confiar y en quién no, para obtener lo que precisaba sin necesidad de emplear

violencia alguna. Yoda consiguió un transporte que le sacara de Loira, y viajó en primer lugar a Gerillia, el mundo natal de Joan. Buscó y encontró a sus padres y les contó todo cuanto quisieron saber acerca de Joan. Lo que vio en ella, las cosas de las que hablaron, las que ella le contó, todo cuanto sucedió en el tiempo que compartieron. Yoda omitió tan sólo los peores detalles acerca del modo en que fue asesinada. Les entregó las pocas cosas que Joan había dejado, pidiéndoles su permiso para quedarse él con el sable, cosa a la que ellos accedieron. Dalian y Marillia lo estaban pasando muy mal, enfrentándose a la clase de sufrimiento que sólo los padres que han perdido a un hijo, a su único hijo, podían llegar a comprender. Yoda trató de hacerles saber que Joan estaría siempre cerca de ellos, acompañándoles aunque no la vieran, dándoles su cariño aunque ya no pudieran sentir sus besos. Ambos deseaban creerle, y se dejaron consolar y convencer en parte por sus palabras. Yoda deseó con todas sus fuerzas poder ofrecerles algo más, pero lo que de verdad necesitaban no estaba en su mano ni en la de nadie. Desde que Joan se marchó, no habían tenido más remedio que aprender a vivir sin ella, siempre extrañándola, siempre sintiendo su falta, aunque sin dejar de esperar ni un momento que la guerra terminara y su hija pudiera volver a casa. A partir de ese instante tendrían que seguir echándola de menos toda su vida. Yoda se despidió de ellos diciéndoles que, de algún modo, Joan no estaba más lejos ahora que la última vez que salió por la puerta. Simplemente seguía... de viaje. Y ningún viaje duraba para siempre.

Cuando partió de Gerillia, Yoda emprendió la misión que se había encomendado a sí mismo. Existían grabaciones piratas de la ejecución de Joan en Compadigne. No era imposible conseguir copias en el mercado negro si sabías dónde y a quién preguntar, y si, por supuesto, tenías el dinero que hacía falta para comprarlas. Yoda utilizó sus habilidades para conseguir todo eso. Con las pruebas que necesitaba bajo el brazo, viajó por los mundos de la República contando la historia de los últimos días de Joan, ofreciendo la verdad a todo el que estuviera dispuesto a escucharla. Consiguió ser recibido por el Canciller Carless y prácticamente le obligó a que viera las grabaciones, en presencia de su ahora esposa, Sorelnei, y del hasta entonces fiel almirante Rickermoon. "Por mucho que se le desprecie," le dijo Yoda al hombre que, tembloroso, apartaba su vista de las imágenes mostradas por el holocubo, "ningún traidor recibe un pago semejante por parte de aquellos que supuestamente sus servicios han comprado. No en público, al menos. De hacerlo, jamás a otro podrían comprar, ¿no lo cree usted así?" Ante los ojos de Yoda, poco dispuesto en esos momentos a ser piadoso, el humano que tenía en sus manos el poder para gobernar una República constituida por millones de mundos, se derrumbó. Carless no pudo soportar el peso de la vergüenza y los remordimientos y dimitió de su puesto como Canciller Supremo de la República. Antes de hacerlo, no obstante, se aseguró de que el tratado de paz que estaba negociando en secreto con los bretalianos jamás fuera firmado, y le dio al almirante Rickermoon carta blanca para actuar en el plano militar según lo considerase necesario. El viejo almirante había palidecido mientras veía la grabación del tormento de Joan, pero su mano no tembló en los días que siguieron a la visita de Yoda a Coruscant. El entramado de mentiras tejido por los agentes bretalianos alrededor de la figura de Joan d'Arc estaba deshecho antes de que el pequeño ser abandonara el planeta. Sorelnei intentó por todos

los medios convencer a su marido para que no abandonara el cargo, pero esta vez no la escuchó. Cuando Septim Carless se retiró a su mundo natal de Yaga Minor, su esposa no fue con él. Al final había perdido el poder que tanto había anhelado. Había sido Joan d'Arc, después de muerta, quien se lo había quitado.

Inmediatamente después de entrevistarse con el todavía Canciller Supremo, Yoda se presentó ante el Consejo Jedi y solicitó una audiencia. Ésta le fue concedida sin necesidad de decir ni una sola palabra. A los Caballeros Jedi que custodiaban la entrada les bastó con leer su aura para saber que era de la más extrema importancia que la voz de aquel ser fuera escuchada. Aunque Yoda decía no ser un Jedi ni tampoco lo parecía por su aspecto, la Fuerza a su alrededor era de una intensidad tal que hacía mucho que no se recordaba haber percibido nada parecido dentro de esas paredes. Todos los miembros del Consejo presentes en Coruscant en esos momentos fueron convocados con la mayor celeridad. La reunión se celebró en la sala que coronaba la torre de la Sede de la Orden de los Caballeros Jedi en el planeta capital.

Y Yoda les habló.

Aunque la Orden estaba perfectamente al corriente de los avances de la guerra entre los mundos bretalianos y el resto de la República, seguían manteniéndose aferrados a su decisión inicial de permanecer al margen. El suyo no era el camino de la política ni el de las armas. Pero tras escuchar a Yoda y enfrentarse a la verdad contenida en sus palabras y refrendada en sus sentimientos, después de revisar las mismas grabaciones que habían hecho llorar al Canciller Carless, todos los presentes se sintieron primero sorprendidos, y después profundamente avergonzados. Los emisarios del Consejo enviados a Loira en diversas ocasiones habían vuelto siempre satisfechos con las explicaciones que les había dado Calhuch. El que ahora se rebelaba como un Señor Oscuro, había conseguido engañarles a todos, convenciéndoles de que él y los suyos estaban trabajando para acabar con el conflicto desde el lado bretaliano. Cuando Yoda les preguntó, en tono humilde pero incisivo, cómo habían podido ignorar las perturbaciones en la Fuerza causadas por un uso semejante del Lado Oscuro, la media docena de Maestros Jedi que le escuchaban se hundieron un poco más aún en sus asientos. Habían creído que la culpable era Joan d'Arc, y también habían creído a Calhuch cuando les dijo que él se encargaría, de un modo u otro, de neutralizar la amenaza que ella suponía.

Los miembros del Consejo comprendieron que habían pasado demasiado tiempo sumidos en su contemplación mística de la Fuerza. Sin darse cuenta, habían estado escondiéndose de las cosas que realmente importaban, de los billones de seres sensibles en la galaxia que les necesitaban, y que eran la verdadera razón de su propia existencia. La Orden de los Caballeros Jedi volvió a unir sus fuerzas a las de la República, como siempre habían hecho en el pasado cuando ésta se había visto amenazada, y juntos se enfrentaron a los invasores, a aquéllos que habían traído el miedo y la injusticia. Los bretalianos fueron derrotados en menos de dos meses, sin que apenas tuvieran lugar batallas dignas de ese nombre. La verdadera lucha se libró entre Calhuch y sus

acólitos y los auténticos Jedi, y en ella encontraron su fin todos los seguidores del Lado Oscuro de la Fuerza. Un joven Jedi llamado Miquelus, el mismo que se había dirigido a Joan en Alderaán, fue el que acabó con el antiguo Maestro, aunque el hacerlo le costó la vida también a él. Quizás era así como Miquelus había querido que sucediera.

Libres de la invisible influencia de Calhuch y los suyos, y acosados por las fuerzas del almirante Rickermoon, los propios ciudadanos y soldados bretalianos terminaron rebelándose contra los abusos de sus gobernantes. La democracia fue reinstaurada en Loira y en el resto de los mundos bretalianos, y con ella la paz volvió a reinar en la galaxia. Por un tiempo...

Al cumplirse el primer aniversario de su muerte, Joan d'Arc fue reconocida oficialmente por la Orden de los Caballeros Jedi como una de ellos, y sus acciones fueron añadidas a las *Crónicas de los Jedi*, mantenidas escrupulosamente por la Orden durante los milenios que habían transcurrido desde su fundación. También a Yoda se le concedió de inmediato la categoría de Caballero Jedi, y años más tarde, la de Maestro. Durante siglos rechazó los diversos ofrecimientos que le fueron hechos para convertirse en Presidente del Consejo, prefiriendo trabajar en las sombras y dedicarse a la enseñanza de los aprendices más prometedores detectados por la Orden. Sólo durante el último siglo había aceptado, siguiendo una premonición que le indicaba que se acercaban males mayores aún que los que había conocido en su juventud, sabiendo de antemano que ni con todas sus fuerzas podría enfrentarse a ellos y vencer. Finalmente, cuando la Orden de los Jedi se vio obligada a dispersarse a causa de la persecución emprendida por el Emperador Palpatine y Darth Vader, Yoda buscó refugio en el remoto planeta de Dagobah. Allí había esperado durante tres décadas la llegada de aquel que debería devolver el equilibrio a la Fuerza, y a quien él debía entrenar para que fuera capaz de triunfar donde ni él ni el resto de los Jedi pudieron hacerlo.

El hijo de Vader, qué tremenda ironía. El muchacho ni siquiera sabía quién era su padre, y Yoda creía que quizá fuera mejor así. Era tan grande el peligro de que siguiera sus pasos y se dejara tentar por el Lado Oscuro... Pero eso no tenía por qué suceder. Luke le inspiraba una confianza que jamás le había transmitido su padre, cuyo negro futuro él había sentido sin llegar a verlo. El chico le recordaba al padre, cómo no, pero también a Joan. La primera de sus aprendices, pero al mismo tiempo su verdadera maestra. Luke compartía su juventud, su valor, su bondad, la manera de mirar...

*¡Ay, si tan sólo ese chico fuese un poco más paciente!*

Yoda sacudió la cabeza riéndose de sí mismo y cerró la caja. Luke estaría allí muy pronto, y él debía estar listo para éste, su segundo y probablemente último encuentro como seres mortales. La hora más decisiva de todas se estaba acercando. Hacía años que la sentía llegar.

El olor de la comida le hizo olvidarse momentáneamente de sus pensamientos. Apoyándose en su bastón, se acercó cojeando hasta el fuego y metió una cuchara de madera en el guiso para catarlo.

"Casi preparado está, sí..."

De repente, con el corazón latiéndole mucho más rápido de lo que estaba acostumbrado a sus años, Yoda sintió una presencia conocida. Una a la que llevaba echando en falta desde hacía mucho, mucho tiempo.

"¡Joan!" exclamó mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos. El pequeño ser sonrió ampliamente exhibiendo los pocos y gastados dientes que le quedaban. "¡Precisamente pensando en ti estaba hace un momento, mi querida jovencita!"

"¡Hola, Yoda!" le saludó ella jovialmente. Su figura se materializó en mitad de la casa brillando bajo el bajo techo, construido por Yoda a su altura. Joan se le apareció sentada sobre el suelo, en el mismo sitio que había elegido Luke para colocarse la primera vez que estuvo allí. "Veo que has conservado ese viejo sable." Yoda se dio cuenta de que aún lo tenía en la mano. "¿Qué hacías con él? ¿Te sientes nostálgico esta noche?"

"¿El sable? ¿El sable dices? Hmmm... ¡Limpiando! ¡Sí, limpiando estaba! ¡No imaginas la cantidad de polvo que acumularse puede encima de las cosas, si tan sólo uno o dos siglos te olvidas de pasarles un trapo!"

Joan se rió con ganas. Yoda siempre había sido capaz de provocar su risa, incluso en los peores momentos.

"En los peores momentos, sí," dijo su amigo y antiguo mentor poniéndose serio. Yoda seguía pasando de la carcajada a la seriedad con una facilidad que a Joan siempre le había dejado pasmada. "Éstos también son tiempos terribles, ya sabes."

"Sí, Yoda, pero siempre nos queda la esperanza de que las cosas mejoren, siempre que no nos limitemos a esperar de brazos cruzados a que así sea. Eso es algo que tú me enseñaste."

"¿Eso dije? Hehehe... ¡Bien, entonces imagino que debe ser cierto! Sí, jovencita, verdad es. Incluso ahora, sigo creyendo que no está todo perdido, que esta era de tinieblas puede tener un fin. Este nuevo estudiante mío, Luke su nombre es, me ha devuelto esa esperanza."

"Su presencia es poderosa en la Fuerza," dijo Joan. "casi tanto como la de su padre." Yoda no respondió, ni tampoco se extrañó de que su amiga supiera eso, pero pareció encogerse un poco más sobre sí mismo. A pesar de lo que acababa de decir, estaba profundamente preocupado por el destino de su pupilo. No tenía sentido tratar de ocultarle eso a Joan. Volviéndose hacia el fuego, se puso a remover el guiso con la cuchara. Esas raíces tenían la mala costumbre de pegarse en el fondo si uno no tenía cuidado... "Podría decirse que yo también he tenido una discípula," escuchó decir a Joan a su espalda.

"Ah, sí, presentido la he, y supuse incluso que algo que ver con ella tenías. Hmm, ¿quizá también a ti te presentí? Si sientes la Fuerza, las noticias llegar pueden hasta allá donde te encuentres. Hasta estos pantanos, sí, o como dijo Luke una vez, hasta este agujero lleno de barro..." Yoda intentó reírse de nuevo, pero un repentino y violento ataque de tos se lo impidió.

"¿Cómo estás, mi viejo amigo?" preguntó Joan en un tono de sincera preocupación.

"¿Preguntarme necesitas para saber eso? ¡Vaya una Dama Jedi que estás hecha!" Yoda se encogió de hombros sonriendo. "Viejo. Viejo me siento y también cansado. Sí, muy cansado. Ochocientos años te dije, sí, que aquéllos de mi especie viven, pero algo más de novecientos es lo que he vivido ya. Demasiado tiempo, sí, demasiado. Aunque trabajo tengo aún por hacer aquí antes de poder descansar. Mi alumno es importante... ¡Ah, pero pase lo que pase, a tu lado pronto estaré, jovencita!"

Joan le contempló con indisimulada ternura antes de responderle. "Será cuando llegue el momento y sólo entonces. Yoda, hay algo que nunca te he dicho, ¡y por favor, déjame terminar antes de hacer otro chiste!" Yoda soltó una de sus peculiares risitas y guardó silencio. "Tú fuiste mi amigo en aquellos momentos en los que más necesité tener uno. Sé que siempre has pensado que podrías haberme salvado si te hubieras decidido a actuar antes." El anciano Maestro Jedi adoptó una expresión compungida y agachó la cabeza. El antiguo sentido de culpa, tan viejo casi como él mismo, seguía dentro de él. Siempre había estado allí, desde aquel día fatídico.

"Pero yo nunca he creído que fuera así," continuó Joan, "ni que nada de lo que pasó fuera culpa tuya, ni siquiera por omisión. Era mi destino morir así, como el tuyo era adiestrar y enseñar a generación tras generación de Jedis durante siglos. Yoda, tu eres mi más querido y entrañable amigo. Te quise entonces, y todavía te quiero."

Yoda suspiró y alzó la cara hacia ella sintiendo que, en su interior, una herida muy honda se cerraba por fin. El anciano asintió lentamente.

"Gracias, jovencita. Más de ochocientos años esperado he para eso oír."

"No sabes cómo quisiera haber podido decírtelo antes... Pero tú tenías que encontrar tu propio camino. Sin mí."

"Cierto es. Pero fuiste tú quien el comienzo del mismo me mostraste."

"Puede, pero tan sólo después de que tú me lo enseñaras a mí." Joan sonrió con dulzura, y los ojos de Yoda adquirieron el brillo que sólo pueden dar las lágrimas un instante antes de ser derramadas. "Ya sólo me queda una cosa más por decirte antes de marcharme, amigo mío."

"¿De qué se trata?"

"Pues que, como tú mismo dirías, ¡más de ochocientos años han pasado, pero tus verduras cocidas siguen teniendo tan mal aspecto como siempre!"

Joan desapareció tan de repente como había aparecido, dejando tras de sí los ecos de su carcajada, vibrando aún en el aire por algunos instantes. Yoda se echó también a reír, moviendo la cabeza de un lado a otro. Luego dejó escapar un suspiro, más de cansancio que de añoranza, mientras miraba al lugar dónde su amiga había estado sentada.

"Ah, mi Joan. Mi querida Joan d'Arc..."

**FIN**